Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI | San José, Costa Rica **1939** Sábado 22 de Ju'io | Núm. 17

Año XX — No. 873

En este número:

De Juan de Dios Uribe se trata

= Páginas sacadas del tomo I de las *Obras* completas de Juan de D. Uribe. Bogotá, 1913. Compilador y editor: Antonio José Restrepo =

Cosmopolita como Montalvo —con quien se le compara frecuentemente— y a quien aventaja en profundidad de ideas, brío y movimiento, si no iguala en la riqueza del léxico, fué como el sin par ecuatoriano, desterrado, peregrino, admirador y admirado de los varios países hermanos donde posó su planta. Estados Unidos, Venezulea. Centro América y Ecuador—donde vino a morir sirviendo la causa de las ideas revolucionarias que bullían en su cerebro y en aquel nudo de volcanes—le vieron sucesivamente, como un meteoro ígneo, esparciendo las llamas de su genio, ahora como torbellinos de lava, quizá como reflejos plácidos de la luz tibia de su corazón, inflamado para el bien y el amor de sus hermanos. Dondequiera fué el mismo, consecuente y sincero, recto, altivo y veraz, dulce y afable al propio tiempo. Todos cuantos le conocieron y trataron amáronle como amigos, aunque discreparan de sus puntos de vista y lo tuvieran en veces por errado en sus conceptos, aberrante en sus predilecciones y no siempre justificado en sus odios. Bien nacido, creado al amor de un hogar de excelsas virtudes—donde el fervor por la ciencia y la verdad era hereditario—surgió a la vida intelectual en Popayán, al estallido de la guerra de 1876-77, y oyendo perorar a Conto y a David Peña en las *Sociedades democráticas* de Cali, al resplandor de las armas que iban con él y con su padre y correligionarios a vencer en los Chancos, el Arenillo y Manizales. Vió el desastre de Antioquia, su tierra nativa que adoraba, en el empeño de esa guerra religiosa, présago de males que aún no acaban. Vino a Bogotá, siguió informales estudios de Filosofía y Letras, y conoció y trató a nuestros grandes hombres, tomó parte en luchas candentes de la política de entonces, fué diputado y periodista, agitador de las masas en las *Sociedades de Salud Pública*, y tuvo desde entonces a Núñez y su reforma reaccionaria católica por el enemigo capital de su existencia. Combatir esa reacción, avivar el fogón de las ideas perseguidas y en eclipse cuando ya la traición se consumó; provocar la guerra de restauración, con elementos de aquí y de cuantos nobles convecinos quisieran ayudar en esa campaña de liberación, ese fué el afán de sus afanes, la meta de sus esfuerzos, el anhelo de su alma combativa. Su arma fué la pluma, preparando los caminos a la espada; pues Juan no conoció el miedo en ninguna de sus manifestaciones, y así concurría al campo de batalla, como encabezaba el motín y daba una bofetada o un mentís o quemarropa.



Juan de D. Uribe

Nosotros hallamos un poco grandilocuente la prosa de aquellos conductores (*) espirituales del siglo XIX en nuestra América; mas yo me permitiría encomiar este recurso oratorio como uno de los instrumentos más eficaces para iluminar la conciencia de las multitudes y cautivar su entendimiento. Y no estaría muy lejos de pensar que esa altisonancia del discurso contribuyó tanto como las revoluciones cruentas que reñimos por la libertad y la obra, ondulante entonces, de nuestra legislación de ensayo, a hacer de este continente el gonfalonero de la democracia y de la transigencia más gentil y ecuánime.

(Palabras del Dr. *Luis López de Mesa* en la entrega del busto de *Montalvo* a Bogotá).

(*) En la de Juan de Dios Uribe se piensa, por supuesto.

Poco antes de morir, al expirar el año 1899, apenas sin cumplir los cuarenta años, cediendo a instancias nuestras nos encomendó la publicación de sus escritos, advirtiéndonos que él no les daba importancia ninguna, pues eran breves plumadas nada más, chisporroteos instantáneos de la oscilante lámpara que en las posadas de sus destierros alumbraba sus horas de soledad y rabia. De rabia nada más y de coraje inextinguible, como que la melancolía y las lamentaciones amaneradas jamás se avinieron con su carácter entero y belicoso. Amaba la vida, no temió a la suerte; y cuando fué preciso conformarse con dejar de sentir, querer y combatir, se reclinó entre cipreses —allá en Quito, donde fué como otro Pichincha en ebullición mientras pudo con la vida—sin lanzar un ¡ay! ni un reproche ni una imprecación. Era taciturno como un dios Término; hablaba poco si no estaba entre amigos íntimos. Pero en la tribuna fué simplemente colosal. Los que le oyeron en León por Máximo Jérez y los que le aplaudieron en Medellín por Epifanio Mejía, no olvidarán jamás ni su figura, ni su ademán, ni su voz estentórea, modulada empero. Corto, fornido, de cabeza grande y hermosa, pelo bermejizo en el conjunto, lacio y rebelde, que le valió el apodo cariñoso de *El Indio*, con que le agasajaban sus amigos en confianza. Su pecho era un atambor, su mano una manopla, su espalda recia un muro. Agil, gimnasta, el agua helada de los torrentes era su fascinación.

Tiraba el dinero, y en servicio de sus amigos, enfermos o desvalidos, nadie podía rivalizarle. Si su cabeza pensaba en la justicia distributiva que ha de venir y con ella la igualdad y socialización de las riquezas y servicios en la comunidad ciudadana, su mano abierta se adelantaba a las teorías y daba, daba cuanto le era posible conseguir para los demás. Jamás tuvo sino el terno que llevaba puesto, pero apenas comprado otro, ya estaba re-

galado el mejor de los dos a quienquiera que lo necesitara. La gran farmacia de su padre era literalmente saqueada por él en beneficio de cuantos pobres enfermos le hacían saber sus angustias. La miseria ajena le dolía y le irritaba contra la mala organización de las sociedades modernas. El comunismo de los primeros cristianos y las obras de Misericordia era su ideal y su guía práctica de la vida; por supuesto, sin el más leve resquicio de superstición religiosa, para el abominable sonsaca de la bolsa popular y mazmorra del pensamiento y libertades públicas. Núñez, que temblaba de la pluma cuando ya tuvo a su servicio las espadas y el hisopo, le desterró por escritor, por escritor incontrastable de verdad y venganza, de castigo enhiesto al crimen coronado por el éxito y la general incurable sujeción de los conservadores colombianos. Trece años duró ese exilio, con una fugaz entrada a Medellín, a dar un abrazo a su querida madre. Habló allí, en el discurso inmortal a Epifanio Mejía, de los financistas que soplaban sobre los billetes de Banco y fraudulentamente los multiplicaban; habló con voz profética de vate de aquellas "emisiones clandestinas" del Banco Nacional, que nadie presumía entonces, pero que el orador supo presentir y denunciar, y al punto los conservadores de Antioquia, meros honrados lenones de los hábiles traficantes de la Altiplanicie, se lo denunciaron al Gobierno suspicaz del Sr. Caro, y fué preso allá en Medellín, en un cuartel, incomunicado de los suyos y sacado entre veinticinco soldados hasta ponerlo, fuera de hierros, entre las rocas golpeadas por las olas en el Archipiélago pútrido de San Andrés y San Luis de Providencia. "Aquí llegué vivo" —no escribía "aquí llegue a este refugio y madriguera del pirata Morgan, donde he debido encontrar, precediéndome, al pirata Núñez." Allí organizó unos cuantos negros y un esquife miserable y en ellos y con ellos se echó al mar. Militares valientes, como Abraham Acebedo, no quisieron seguirlo en la temeraria empresa de ganar la costa hospitable nicaragüense. En salvo allí, los radicales le tendieron los brazos, y volvió su pluma a reverberar al pie del Momotombo y su espíritu libre a respirar entre auras vívidas. Allá conoció y abrazó por primera vez a los futuros caudillos de la libertad ecuatoriana, Eloy Alfaro y Leonidas Plaza Gutiérrez. Junto con ellos fué a Quito donde se le desarrolló una lenta pleuresía cuyos síntomas lo venían preocupando desde que en Centro América, en algún desfiladero peligroso, una caballería se rodó con él a un abismo, causándole graves lesiones externas, de donde tomó cuerpo y desarrolló la mortal dolencia que lo mató con cruel y paciente lentitud. Quito supo llorar al escritor valeroso, recatado y digno, que tanto luchó en pro de su cultura y resurgimiento liberal. El cable esparció la noticia en toda América española y puede decirse que ningún centro intelectual dejó de conmoverse al conocerla. Venezuela, particularmente, donde Juan había vivido como huésped de la gentil Caracas, recibió con luto en el corazón la infausta nueva. La patria de Cecilio Acosta, de los grandes prosadores de lengua castellana, sintió que otra pluma de águila caía del Avila de la vida al insondable mar del silencio y del no ser.

Sus restos inanes reposaron en Quito hasta que fueron trasladados a Medellín, por su señora madre, que allí vive. Los artesanos de esa ciudad, que comprenden cuánto hizo por su causa el ilustre hijo de Andes, y algunos jóvenes inclinados a las letras, le hicieron honores merecidos a su túmulo y guardan con cariño esas cenizas. En los tiempos pasados de su muerte a hoy, fué imposible al Editor cumplir el compromiso contraído con su amigo y pariente moribundo. Aun en el extranjero que se hubieran editado estos escritos, no habrían podido penetrar a Colombia regenerada, donde un régimen infamante había imperado. "La libertad de imprenta" —había escrito el autor de *Los Refractarios*, en Caracas— "no volverá a Bogotá y a toda la tierra colombiana sino en el morral de nuestros soldados". Y en efecto, el morral de nuestros soldados —después del titánico esfuerzo de 1899 a 1902— no volvió vacío: en él vinieron las *libertades necesarias* de que hoy goza el país y que el autor de este libro ayudó a fundar con su pluma fulminante. Los manumisos de la Regeneración —el vórtice profundo en que hundió Núñez cuanto hubo de prestigioso y honorable en este país— le deben no pocos de los bienes hoy reconquistados al batallador tenaz que atizó como ninguno, en sus trece años de destierro, la hornaza purificadora, el inmenso horno crematorio donde se consumió entre pólvora toda la podredumbre de aquel sistema, que Ospina llamó "política de la morfina" y Uribe "la catalepsia de todas las virtudes y el hervir servidor de todas las concupiscencias en ejercicio del estrago". No le tocó volver a su patria redimida, santificada en el dolor y desmembrada geográficamente, pero integrada y resurrecta en la antigua nacionalidad gloriosa de otros días. Que duerma el Apóstol sueño secular de triunfo, reclinado en sus obras y su pluma. Mientras se hable español en estas latitudes; mientras la dignidad humana forcejée por arrojar de sí los harapos que el fanatismo y la ignorancia han echado sobre sus hombros en estos Andes ateridos, y mientras los que apreciamos sus ricos donde de corazón sensible y generoso respondamos a la lista entre los vivos, su memoria no morirá. Sus libros lo vengarán del silencio de la envidia, de la calumnia e insultos de los pillos y de la indiferencia de los necios.

A. J. RESTREPO

Bogotá, abril 3 de 1913.

Seguir a Juan de Dios Uribe como periodista, es querer seguir, no exageramos, la huella que deja en el espacio la chispa desprendida del encuentro de dos corrientes eléctricas opuestas. No le solicitéis para las propagandas tranquilas, no pretendáis que se adapte a un medio determinado y transija con ésta o con aquella debilidad política. Sigue el camino de la línea recta, es honrado por convicción y su individualidad moral está defendida

"El indio' Uribe

Su figura de muy relativa atracción física, agarraba en cambio, una vez en movimiento, las válvulas de su fragua interior. De estatura napoleónica, de cabeza dantoniana pero recubierta de cabellos lacios, indomables, rebeldes a la coiffure, tendiendo al rojizo, cabellos típicos que le ganaron el apodo de El indio, *Juan de Dios Uribe era de continente taciturno. Y a pesar de su violencia, de su arrebato en el ataque contra los hombres y las ideas que chocaban a su temperamento de radical, seducía en la intimidad por la nobleza de su yo, por la bondad de carácter y la purzea de sus entrañas de niño.*

Pero colocado en la tribuna o al frente del periódico, sufría las más extrañas metamorfosis. Su voz, de vibración metálica, cortaba el aire denso de las asambleas como una cuchilla y sobre la vana palabrería de los rábulas escudados tras la metafísica, lanzaba como un proyectil su dialéctica tremenda. Su pasión honda y reconcentrada —como la de Pablo Iglesias— como la de los grandes apóstoles de la democracia, descarnaba los problemas hasta descubrir en sus fibras la trama psicológica elemental. Y como en aquel francotirador, visto por Albornoz, la complejidad de la vida política desaparecía ante la rigidez de sus esquemas humanos, la lucha se simplificacaba en su espíritu hasta la aspereza y el rencor del combate singular, y era entonces cuando en su corazón rebosaba la inquina revolucionaria, y era entonces cuando se atropellaban en sus labios "la sílabas indómitas del odio".

(De Clemente Manuel Zavala, en *Caudillos liberales*, Vol I. Ediciones *Antena*, Bogotá. 1936).

por una coraza de metales no dúctiles, que se oponen al balanceo y le mantendrán siempre sano y salvo de corrupción.

¿Hay un gobernante audaz que ha convertido a los hombres en esclavos? Pues ahí viene, sin requerimientos previos, el Dr. Uribe y la emprende contra el tiranuelo. Le encarcelarán, le maltratarán, pero quedará vibrante y sonora la protesta.

¿Hay un pueblo empeñado en no ver la luz, en confundir nociones que deben separarse? Paso al discípulo de Rojas (*): va a colocar la verdad en su sitio.

¿Que le odian y persiguen? El filósofo e innovador audaz, se ríe de odios y persecuciones.

Una condición de la personalidad de Uribe, que vamos a mencionar la última: su bondad de alma. No escatima la dádiva ni el consejo. Inteligencia y bolsillo los tiene a disposición de quien los necesita. A él podrían aplicársele aquellos versos de Tomás Gray:

De una sentida lágrima el consuelo,
y era cuanto tenía, dió al mendigo.

(*) El Dr. José María Rojas Garrido, maestro de Juan de Dios Uribe.

porque de seguro el día en que, oscurecida su inteligencia y vacías sus manos, no tuviera qué ofrecer al semejante en desgracia, le daría el rico y espontáneo tributo de su llanto.

JUAN CORONEL

San José de Cosa Rica, 14 de octubre de 1893.

Escritor a la manera de Montalvo no tiene rival, ni en el autor mismo de *Los siete tratados*, *Las Catilinarias* y *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, que es el que más se le asemeja por la intención reformista de sus escritos y la potencia irresistible de su estilo, que vibra y deslumbra como hoja de espada esgrimida con fuerte y diestra mano, como rayo aterrador que cruza el éter y se dilata en el estrépito de la catástrofe...

Montalvo, no obstante ser, como es, más filósofo, es menos preciso; y, por tanto, más difuso que Uribe en todo lo que escribió, y si abruma por el volumen de su ática palabra, en cambio no convence siempre, ni siempre logra arrastrar con él al lector, a los abismos de conciencia heterodoxa en religión y liberal en política, a donde Juan de D. Uribe arrastra fatalmente al suyo.

Siempre queda, así, tiempo leyendo a Montalvo para emanciparse de él, ora sea porque no se le entienda bien, ora porque la idea, demasiado diluida en la frase que en Montalvo es puro énfasis, si ilumina no calienta, y si calienta no abrasa, como en Uribe, que se pega a las carnes, y abriendo surco calcinado hasta el espíritu, es allí cual zarza ardiente de un nuevo Sinaí, anunciador de otros dogmas para la conciencia y de mayores ideales para la razón.

Le juzgo únicamente por lo que yo considero la cualidad peculiar del estilo de Uribe; esto es, por esa potencia absorbente y determinante en el que lo lee de actos que no le son propios, tan resaltante es su verbo de escritor originalísimo y grandemente audaz, patente en los caracteres de fuego ustorio que fulminan en sus libros, sin que sea posible comprender cómo el mismo papel que los contiene, no se volvió ceniza en el punto y hora en que aquella pluma, que era como de diamante en ignición, los estampó allí en defensa del derecho humano y para eterno triunfo de la palabra escrita.

RAFAEL LÓPEZ BARALT

Maracaibo, enero de 1900.

Somatén

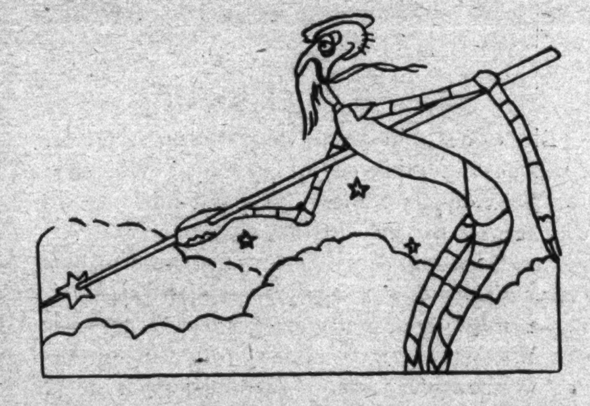
(Prosa política de Juan de D. Uribe)

= Sacamos estos cabos del célebre folleto *En la fragua*. Politica, Religión. Quito. 1896. Recuérdese que lo compuso Juan de Dios Uribe como prólogo a una edición en libro (*Somatén* se titula) de los artículos aparecidos en el diario *El Pichincha*, Quito, 1896. En *Somatén* el prólogo se titula: *Abro el libro*. =

La oportunidad

Me ocuparé en estudiar la *oportunidad*, que yo rechazo como un criterio liviano para conseguir el bien público. Se acomoda a mi objeto, porque *El Pichincha* fué tachado de inoportuno en su brega por las reformas, después de la guerra de 1895.

El 9 de Octubre viene al caso, así como el 20 de Julio de 1810, porque prueban que la oportunidad no es el criterio de los grandes hechos, y que los próceres de la Independencia no se estuvieron tomándole el pulso a la Colonia para proclamar la libertad de los pueblos. Hubiéranlo hecho, y se habrían abstenido de tan temeraria empresa, pues si al cabo de tantos años las masas no han llegado a la evolución mental que se necesita para entender el gobierno propio, según los sociólogos oportunistas, menos lo comprenderían entonces, bajo el régimen de apócope intelectual que era el medio de gobernar España. Los que tuvieron la visión del bien, se fueron tras ella, atenidos a la convicción íntima, sin pesar los peligros en la balanza química que ahora se acostumbra; y la guerra de Independencia que nos asombra, fué una serie de batallas sin más filosofía inmediata que la muerte en el azar de las espadas. Los libertadores sintieron el mal y lo sacudieron como una carga indigna; no conocían la guerra, y se formaron capitanes ilustres; no tenían soldados, y los pidieron a la casualidad, y cuando les faltaron armas, fabricaron de una piedra un ariete, de una estaca una lanza y un obús de la cavidad de una guadua. Nos redimieron a la Metrópoli así, para confusión de los oportunistas, pues si aquello fué justo, debemos imitarlo, y si fué un error, no debemos conmemorar estos aniversarios. La simplicidad de los hechos vale



más que la sabiduría novísima que amansa el ánimo, y yo prefiero al filósofo que me deja con los brazos cruzados, el bruto intrépido de cuatro patas, el perro de San Bernardo, que se va derecho a la nevasca y salva por la melena al peón de los Alpes.

Después de los libertadores, los fundadores. Los españoles legaron a la América independiente los vicios de su raza, fanática en religión, servil en política, sanguinaria en guerra, haragana en industrias, nula en ciencias, hueca en literatura, aventurera, covachuelista, sutil y teológica. La Independencia barrió a los peninsulares, pero ellos dejaron la simiente en la religión, las leyes y las costumbres, y apenas terminada la guerra magna, los guerreros se arrogaron los derechos del Rey a título de libertadores, y se continuó la explotación con el solo cambio de fórmula, pues la violencia autorizada antes por Monarca, se hizo derivar ahora del pueblo; y sin parar en esto, algunos pensaron en importar un Príncipe de sangre o en improvisar una dinastía criolla, por parecerles aventurada la república. Los más encumbrados por las armas no se familiarizaban con la libertad, que tiene consecuencias niveladoras: la contenían, la destruían. El catolicismo que era la matriz de la tradición estaba incólume. Los indios y los negros eran esclavos por distintos modos. La herencia española, se recibió, pues, por inventario. A dejar las cosas seguir su curso ciego, habríamos tenido los males de la Colonia, agravados por el desorden y la impericia de los nuevos agentes; pero algunos espíritus lúcidos y audaces, que fueron los radicales de su tiempo, evitaron semejante desdicha; se apoderaron de las ideas, las opusieron a la fuerza bruta, al prestigio de la gloria militar, a la nombradía de los capitanes, a la rutina de los ciudadanos —a lo antiguo y lo reciente— y despertaron donde quiera un gran sentimiento popular de apego al derecho. Formáronse hombres nuevos de la noche a la mañana, redimidos del legado español y de la obsesión criolla, a tal extremo celosos, que con la punta del puñal se atrevieron al más brillante de los dictadores. Si alguna vez no hubo oportunidad como la entienden los evolucionistas a todo trance, fué entonces, con antecedentes tan viciados, en un medio tan hostil, sin estímulos y con éxito inseguro. Comprendieron aquellos hombres que el progreso es una abreviación de los sucesos, y procedieron en consecuencia, sin mirar hacia atrá y sin miedo, con lo cual nos enseñaron a ir adelante, caiga el que caiga, como aquellos jinetes de Ney, que rellenaban los fosos con sus cuerpos para facilitar las cargas de la caballería épica.

No importa la hora!

No importa la hora!

¿Olvidaré las pláticas de José Martí, en Nueva York, el año de 1888? El patriota cubano describía el triunfo de su causa como si se hubiese realizado, engrandeciéndole hasta la apoteosis con su palabra vívida y nume-

rosa, arcaica y nueva, cual de un profeta en diálogo con los muertos y los vivos. Resplandecía en su frente la estrella solitaria y la bandera de Cuba libre en sus manos convidaba al sacrificio. Fuera del circuito de este hechicero, caía otra vez la sombra y el desaliento, y las realidades que hacía palpables su palabra, se iban como fugiticvas quimeras.

No podía ser, no acontecería aquello. España en paz; la Isla guardada por un gran ejército de tierra y una poderosa escuadra de navíos; los buenos cubanos proscriptos, errantes, empobrecidos; dentro de la Antilla la vigilancia, fuera del país el espionaje; la división entre autonomistas y separatistas; los antiguos Jefes prestigiosos apartados de sus subalternos, Máximo Gómez en Montecristi de Santo Domingo, los Maceos en Nicoya de Costa Rica, Calixto García en Méjico, todos dispersos; la hecatombe de los diez años y la paz del Zanjón de presentes; la América latina ligada a la Península por la diplomacia, el comercio, las academias de la lengua y las juntas Ibero-Americanas; la reacción absolutista en países amigos otro tiempo, como Colombia; Cuba, por fin, abatida, inanimada, exánime, ¿se levantaría a la voz del poeta Martí?

Los incrédulos le escuchaban, prendados de su elocuencia, convencidos de que Cuba tenía derecho innegable a ser independiente, pero mirando la realización de esa esperanza en el confín del tiempo. Argumentábanle otros circunstantes con los recursos de la teoría evolucionista —que pierde su gravedad científica cuando pasa el Atlántico y cae en poder de los payasos—; alegábanle que Cuba no había llegado al término de la evolución que se requiere para que un pueblo tenga y administre sus intereses por sí mismo; que los negros, que no tiene ndesarrolladas las circunvoluciones cerebrales como los blancos, serían un elemento perturbador en la nueva sociedad política; que fracasa quien empuja el nivel intelectual y moral de los pueblos, sin haber reparado antes por la enseñanza a los individuos, uno a uno; y que más acomodado a la Naturaleza era la Tutela en primer lugar, después la Autonomía administrativa, y luego... quizá... entonces... tal vez... la Independencia.

Martí era un dinamo, un explosivo, una centella del patriotismo; rompía por el medio las dificultades, anticipándose al machete, a la dinamita y al incendio, y era de vérsele, pequeño, delgado, pálido, enfermizo, cómo crecía en majestad, energía, fuerza y salud, al pronunciar su boca las palabras *Cuba libre! Cuba emancipada!* Los argumentos de los pusilánimes los llamaba *miedo* lisa y llanamente; y triunfó el intransigente Martí, por más que haya muerto en la pelea, que ya sus compatriotas declararon, altos los aceros, tras un año de lid afortunada, que Cuba sería libre, o desaparecería para siempre de la faz del planeta!

No importa la hora!

La noche en que fué herido por la espalda Antonio Maceo, en San José de Costa Rica, acudí a su casa con mi hermano, que era su médico. La pandilla de españoles quiso salir del futuro libertador de Cuba, dándole muerte a mansalva y en las sombras. La bala le entró cerca de la columna vertebral, en la proximidad de los pulmones; la sonda del médico se iba por la cavidad muy hondo; el peligro no se le disimulaba al herido; estábamos aturdidos sus admiradores por ese grano de plomo; pero Maceo desatendía su situación, mostrábase sereno y sonriente, y mientras se le hacian las primersa curaciones, se ocupaba en dictarle al poeta Loinaz del Castillo, que es ahora su jefe de Estado Mayor General, la correspondencia revolucionaria para el correo del amanecer. Volviéndose hacia un grupo en que estábamos el General Leonidas Plaza G., los escritores Julio Esaú Delgado y Eduardo Talero y yo, nos dijo:

—Este contratiempo no merece la pena. Los españoles oirán hablar de mí antes de poco.

Recuerdo que su hermano José Maceo, que estaba allí cerca, taciturno y cabizbajo, se irguió y puso el oído a estas frases, como si escuchara una corneta del campamento.

Pocos meses después, Antonio Maceo se embarcó con un puñado de valientes en Puerto Limón, trasbordó en las Bahamas, desembarcó en Cuba, se internó en los bosques, apellidó la guerra, armó un ejército, combatió, venció, tocó a las puertas de la Habana, se multiplicó, se prodigó y a la fecha escarmienta a los españoles en Pinar del Río y anuncia para un breve plazo la independencia absoluta de su patria.

¿No ocultan el rostro los oportunistas?

Unas mismas son las guerras por la Independencia y la Libertad, palabras que en vano se las considera por separado, porque no significa nada la una sin la otra; unos mismos son para el hecho de causar mal los opresores extranjeros y los conterráneos y, por lo tanto, tenemos un igual móvil cuando nos sublevamos contra las tiranías importadas o aborígenes. No se escuden, pues, los sátrapas americanos con su fe de bautismo mestiza, ni nos vengan los de la balanza química con que somos hermanos de los que nos explotan y sacrifican.

La vida es la acción

Me es de todo punto imposible apartar las cosas de Colombia en lo que voy escribiendo; rompería el papel antes que pasar adelante sin tocarlas. ¡Cuántos sufrimientos! ¡cuánta vergüenza! ¡qué de equivocaciones en nuestro partido! Admitimos la legalidad y ejercitamos algunas migajas de derecho, para situarnos mejor mañana fuera de la ley, como lo entienden los conservadores, y fuera del rigor de la conducta, como lo entendemos nosotros. No hemos andado derecho. Puestos aparte de todo miramiento; cautivos dentro de la Patria; con las manos en las esposas y la lengua en la mordaza; apoderados los ladrones de nuestro trabajo, los esbirros de nuestro cuerpo, los curas de nuestros pensamientos; con el hogar a merced del delator, del sayón y del sacerdote; en la cárcel, en el destierro, en el confinamiento, en el patíbulo; sin orillas; bajo el lodo que arrastra la inundación; atropellados por la ralea; con un amo armado de látigo; con jueces vendidos y legisladores mercenarios; más allá de la deshonra; en un polo desconocido de la infamia; ¡oh! nos equivocamos al tener paciencia, al pensar en la redención por el arrepentimiento de los malvados, al confiar en el tiempo, y en la verdad inerme, pusilánime y vergonzante. No hemos andado derecho. Hemos gastado la médula en juegos de trapecio, en agilidades de acróbatas, adelgazándonos, puliéndonos, evaporándonos; nos prepararon el tablado y representamos la farsa, cuando quisieron los godos; nos acostamos en el ataúd que nos regalaron y nos dispusimos, por la contemplación y el sufrimiento, a la muerte ascética, oscura y silenciosa! La vida es la acción; si prevaleciera el criterio oportunista en Colombia, cavaríamos la fosa y nos echaríamos en ella, muertos por nuestra propia incuria.

En el Ecuador, el problema se simplifica con el triunfo de las armas; consiste en asegurar el Gobierno y verificar las reformas, sin andarse con rodeos que cansan a los amigos y no satisfacen a los adversarios. Estos no se contentarían jamás sin la entrega formal del mando, porque traen de Dios mismo el derecho de explotar a los hombres para adiestrarlos en la vida eterna. ¡Dios!... Notad de paso que de la palabra Dios se deriva todo capricho despótico, todo lo que atenta contra nuestra libertad o nuestra bolsa, según el decir de Proudhon. Ahora: no se trata de consultar si los pobres están bien hallados en su miseria y los ignorantes satisfechos en su torpeza, para decidir que se pudran como les dé la gana, que es lo que piden los oportunistas; lo que se quiere es procurarles la vida civilizada como la solicitamos para nosotros, con el fin de que no los dañe el abandono y por ende nos perjudique la barbarie. Menos se trata de consultarles a los poderosos, si consienten que su autoridad sufra menoscabo, en provecho del bien común, porque nadie tiene regalías cuando se trata de la felicidad pública. La cuestión es obrar como revolucionarios. Sin la revolución no daría un solo paso la verdad; porque ella en cada uno de sus advenimientos tiene que desalojar la costumbre y combatir los intereses seculares que se defienden con empeño; donde no aparece armada materialmente, es porque de antemano se le preparó el campo con ayuda de la fuerza. No se nos hable de tolerancia. A los radicales nos aconsejan la tolerancia los mismos que nos ponen fuera de la ley, como nos reclaman el respeto por las creencias ajenas, todos los que atropellan los fueros de nuestro pensamiento. ¡Seamos intransigentes! Antes que cercenar la verdad para hacerla amable, es preferible se mantenga adusta, apartada de las adoraciones vulgares y los homenajes viles: que brote y luzca en una superficie angulosa y áspera como la flor del cacto. A menudo la prosperidad acompaña la mentira y una idea que se facilita a los varios antojos, tiene algo de la mujer pecadora. Desconfiad de los principios a la orden del

consumidor, desconfiad más todavía del que los obsequia, porque ese al cabo no los da, sino que los vende. Tener una convicción, es valer en el concepto propio; no tenerla, es valer dinero; así vemos que los gajes de la vida son patrimonio de los que dan o toman en alquiler las ideas. La intransigencia es la verdad en pie; la convicción no tiene espaldas; ceder a título de concordia es cometer una estafa. La ocasión hace al ladrón; tanto puede decirse de la oportunidad, porque con el solo hecho de buscarla, se relaja la voluntad de obrar bien. Quiere la virtud, para ser tal, que no se la dé vueltas, ni se la fraccione, que es como el diamante, que subdividido llega a no valer nada. No hay dos morales, una para el individuo y otra para el partidario; cuando nos ceñimos a un precepto, ése comprende nuestras acciones públicas y privadas. La oportunidad si no es el vacío o la idiotez, el cansancio o el miedo, encubre planes de provecho personal en perjuicio de nuestros semejantes.



(Envío de *Mr. Frank Tannenbaun*. Bogotá, marzo, 1934)

Los hombres providenciales...

Los hombres providenciales acostumbran emboscarse en las palabras, o presentarse como enigmas, para que la credulidad los eleve, y al estar arriba bien seguros, se ríen de los sufragáneos candorosos y por estas artes, los traidores y farsantes, adquieren celebridad política entre las gentes corrompidas. Dícese de ellos que son hombres de Estado, con aquella facilidad y frescura que tienen los mendicantes para encontrar excelencias en el primer tuno afortunado que les da el pienso. No hay un solo providencial que no se presente como mártir, como redentor, como reformador; todos con un expediente arreglado y limpio en que resplandecen la seguridad y la buena fe. Los partidos se alucinan, se entusiasman, se apoderan de ellos como de un pendón, los cargan en andas, los llevan a la plaza pública, al debate, a las urnas y a los campos de batalla en donde les rinden la oblación de la sangre; después lloran lágrimas tardías de arrepentimiento, cuando el providencial desenmascarado hace de su bordón de peregrino un garrote para medirles las costillas a sus admiradores.

¡Jacobinos somos!

A los que pensamos de este modo, nos llaman los conservadores y los oportunistas, jacobinos, socialistas, nihilistas, petroleros, anarquistas, materialistas y ateos. ¡En buena hora! Jacobinos somos, jacobinos inmortales, si echamos al canasto la cabeza de los reyes para que los ciudadanos tengan la suya propia sobre los hombros; petroleros somos, petroleros sublimes, cuando incendiamos los campos de Cuba para que la tierra no se prostituya alimentando a los esbirros de España; socialistas somos, socialistas admirables, que por la unión de los débiles, vencemos a los privilegiados y por la caridad distributiva, satisfacemos a los menesterosos; nihilistas somos, nihilistas heroicos, que abandonamos la vida bajo el carro de la autocracia porque salte en pedazos el despotismo de los Czares; anarquistas somos, anarquistas videntes, cuando nos aislamos en contemplación afanosa de una sociedad nueva, en la cual nunca jamás sea explotado el hombre por el hombre; materialistas somos, materialistas convencidos, si echamos fuera esa alma intangible por donde se nos entra al cuerpo la opresión, y somos ateos, ateos rebeldes, armados contra Dios si cuida a los hombres para pasto de los sacerdotes! Nuestra fuerza estriba en la multiplicidad de energías, distribuidas en el globo por el empuje de la democracia.

O el silencio, o el grito

Los oportunistas liquidan los pingajos libertarios aparte de los hechos comunes, y el bandido que pueda mover una pluma, ya sabe el precio de su rescate, en esa moral del embudo que hace dos porciones—el escritor y el hombre—para salvar al último por despreciable que sea.

Las sectas religiosas y los gobiernos autoritarios, en consorcio con todos los que explotan a los hombres, declaran sobrantes y perniciosas las palabras que sirven para expresar las quejas de los débiles y el sufrimiento de los oprimidos, y dan la venia solamente a los que llevan su marca de fábrica; pero los mismos que castran el lenguaje de los vencidos por la fuerza o la desgracia, se valen del repertorio vedado, sin fórmulas ni cumplimientos para desahogar sus odios; de suerte que los mismos términos son indecorosos y punibles en boca de los hombres de bien, y recatados y justos si los profieren los malvados. Los oportunistas, como es natural, encuentran que eso está muy bien hecho, se asocian a la gavilla y echan mano de la lengua, para arrojarla como botín de salteadores en manos de los rábulas, los jueces y los alcaides. Entonces sí reina el orden, florece la literatura y pueden salir bajo palio la letra pastrana y la pluma de ganso exhumadas por la gente devota del nido de las urracas; entonces es cuando se esponja la Gramática, la venerable Gramática, que de España nos vino con el gálico, el catolicismo y las barajas.

Acostumbrada la sociedad a oír como única voz la de los palaciegos y sacristanes, se pone nerviosa con el acento de los escritores independientes, porque juzga que le han de cobrar a ella la audacia de los otros; en efecto, sucede que la rabia de los tiranos fustigados, se convierte en azote de justos y pecadores, y de aquí deducen los oportunistas que es prudente callar, como si en algún caso fuese compatible la dignidad del escritor con el miedo.

Si escribimos, hemos de decir la verdad. Los periódicos y los libros que se componen con el bedel a la espalda son muestras de caligrafía más o menos estúpidas. Si hoy decimos únicamente lo que nos permiten los opresores y la sociedad meticulosa, mañana aquéllos y ésta se descargan con nuestras palabras, como la prueba de nuestra complacencia. O el silencio o el grito: nada de circunloquios, ni apólogos, ni charadas.

Hay otros caminos para la juventud

El señor Aristizábal enseña a la juventud con su libro (*El Pichincha*, de que fue director), que hay otros caminos para el talento y la virtud, que no son las veredas que le han hecho recorrer los tiranos, por entre falsos conceptos de la vida, enseñanzas caducas e imposiciones dogmáticas; y que en la prensa, redimida la juventud por el estudio despreocupado, tiene un escenario maravilloso para prepararse el día que viene, que es el suyo, y gozarlo feliz, sin las vicisitudes de los que la han precedido en las fatigas de la democracia. De no,

Ay!... las generaciones venideras
nada sabrán de ti... porque abatida,
soñando con hermosas primaveras
muriendo éstas, en manos traicioneras,
en pleno invierno al comenzar la vida!

(Julio Flores, pág. 747 de *El Pichincha*).

Un asunto capital: el clero

Si las comunidades religiosas han sido perjudiciales al país, porque lo hayan embrutecido, explotado y tiranizado; si por su origen, su constitución y sus fines son antagonistas de la República y de los principios del partido radical; si le han prestado apoyo al despotismo con sus recursos morales y materiales, y se lo prestan todavía a una reinvindicación liberticida; si figuran sus miembros entre los cabecillas rebeldes y con el dinero que manejan hacen levas contra el Gobierno dentro del país y en el extranjero; si los inmensos recursos que poseen los habilitan para mantener en jaque al Poder y en peligro las instituciones republicanas; si los caudales que retienen son del público por haberse sacado del haber de todos los ecuatorianos; si no se ha dado el ejemplo de que las comunidades reli-

giosas sacrifiquen sus instintos particulares a las leyes generales, ni sus privilegios sectarios a las conveniencias democráticas; si no pueden coexistir en una misma Nación dos Poderes, uno que emane de la soberanía del pueblo y otro del capricho de algunos individuos que lo supeditan; si es verdad que todo organismo que no se defiende perece en la lucha por la vida, y si esta lucha es natural, justa e indispensable para los partidos,—se viene en conclusión que las comunidades religiosas deben desaparecer de la escena, y los bienes llamados de manos muertas ingresar al Tesoro público.

Pensar un solo momento en modificar a los frailes es un contrasentido, y esperar a que el pueblo ignorante se desprenda de ellos, sin la iniciativa del Gobierno, es una candidez; porque si los frailes ceden un punto de su regla, dejan de ser frailes; y si se les conserva la autoridad que tienen, usarán de ella sobre el pueblo, como lo han hebco, para mantenerlo en la sumisión y obediencia que les conviene. Los que aplazan la medida, aceptan la necesidad y urgencia de llevarla a cabo, en tiempo más o menos largo; pero no comprenden que la demora lleva consigo la amenaza, y permite a los interesados defenderse con todos sus recursos; y olvidan que bala avisada no mata gente.

Hay un Chimborazo de frailes: los muros de este gran convento del Ecuador, se estrechan, se juntan, se enroscan a la garganta del pueblo que saca la lengua como un ahorcado monstruoso. Pero se dice: ha vivido el país con las comunidades; puede seguir en paz con ellas; respételas el Gobierno, que ellas respetarán a la autoridad. Sofisma de los oportunistas. No se le preguntó al país si las quería, sino que se las impuso; no ha vivido en paz con ellas, mas dentro de sus garras, forcejando por libertarse; y no es lo mismo un gobierno radical, que los gobiernos ultramontanos. Le sirvieron al despotismo como aliadas, las trajo García Moreno para consolidar su tiranía: ¿pueden al mismo tiempo hermanarse con la Libertad y colaborar a los fines de la Revolución? Porque nadie es tan simple para creer que los monjes se estén quietos, sin tomar algún partido, y menos conociéndoles su índole batalladora, peculiar a los frailes ambiciosos, y característica de los de aquí, de cepa de conquistadores unos, y otros importados de entre los más levantiscos de Europa, para amoldarlos a la fogosidad de nuestras luchas.

Para fundar el Gobierno propio de las Naciones que han querido ser libres verdaderamente, se eliminaron los conventos, o se los redujo a mínima expresión, pero jamás los reformadores les concedieron los privilegios excepcionales, ni les dieron la categoría inusitada que tienen en el Ecuador. Por haber procedido así: ¿han sufrido las naciones en su grandeza o los individuos en su conveniencia? Algunos países toleran a los frailes, sometidos a ley común, y no es raro encontrarlos en las naciones protestantes; pero hilando muy delgado, para gozar de la hospitalidad que se les concede, que no les dispensa favor especial, fuera del derecho consuetudinario que protege a los ciudadanos o súbditos. Si se probara que aquí hacen falta, y que no pueden ser reemplazados a menos costo y peligro, ya sería algo; pero son perjudiciales y gravosos, sin utilidad de ningún género. Aparte de servir a los malos Gobiernos, ¿qué han hecho? Fuera de enriquecerse, ¿en qué se han ocupado? Omitidas sus excursiones vandálicas contra los indios, ¿cuáles son sus empresas heroicas? El mismo claustro les presta un carácter novelesco, adecuado para impresionar a la gentuza, y a falta de merecimientos propios, sacan a relucir proezas mentirosas de sus antecesores, y la muletilla aquella de que los monjes salvaron la civilización en la Edad Media; no tienen más; pero cuando se examinan las causas del estado social del Ecuador, los frailes y el clero católico en conjunto, responderán del atraso, de la ignorancia y de los crímenes, en primer término, porque a ellos se les confió la dirección de la conciencia de los ecuatorianos sin contrapeso alguno.

Defiéndalos el Concordato, que es la mayor ignominia clerical porque han pasado estos pueblos; una Carta insólita de esclavitud a Roma, que entrega a los eclesiásticos la soberanía de la República y el derecho de los asociados. Conservarlo sería una mengua.

Mientras los países cultos abren el campo al trabajo forastero, sin preguntar a nadie la fe que profesa, el Concordato aisla al Ecuador con esta declaración salvaje: "La iglesia católica se conservará siempre con todos los derechos y prerrogativas que debe gozar, según la ley de Dios y las dispossiciones canónicas. En consecuencia, jamás podrá ser permitido ningún otro culto disidente, ni sociedad alguna condenada por la iglesia". (*Art.* 1).

A tiempo que la Ciencia se independiza de lo sobrenatural, para volver los ojos a la tierra, en donde el hombre nace y acaba, goza y

Oda a los fusilados de Madrid

= *Colaboración*. Puntarenas, Costa Rica, julio del 39=

Al mismo Dios que señaló Rubén.

Qué, os matan,
aún os matan, carne de libertad,
almas de pólvora?

Deambula un sueño atrás,
se hace de fuego, abierto, herido, desalado,
corre por la arena y por la tierra humeante:
hombres barbados, potentes y precisos,
vuestras manos a la fuerza llevan huellas de
(armas.

¿Y os matan?
Cien, quinientos, mil por día
los fusilamientos en Madrid;
¡quieren mataros a todos,
todos los que defendísteis,
todos los que tenéis un dedo de humanidad,
todos los que gritasteis libertad,
quieren tronchar la flor roja de la revolución,
quieren que la tierra absorba
toda la sangre que defendía su pan y su trabajo,
quieren que queden sólo fascistas,
que todo el resto sean alemanes o italianos,
os matan,
aún os matan,
carne de libertad, alma de pólvora!

Un ojo turbio,
un ojo inyectado en sangre,
un ojo cobarde,
un ojo multiplicado en todas las soleras y las
(salas,
un ojo de judas y caín paseándose,
un ojo esbirro gritando:
¡éste! ¡éste! ¡éste!,
un ojo vil acusando y señalando
por calles de Madrid, de Guernica,
de Barcelona, de Alpedrete,
de Huelamo, de Peñarrubia,
de Alatox, de Valdepeñas,
un ojo traidor llenando los tribunales,
dando blanco a los verdugos,
embriagando su odio, su lujuria, su lepra,
un ojo pútrido que han de tragarse un día.
Os matan,
aún os matan,
carne de libertad, alma de pólvora.

Y pues lo quieren y pues os matan,
y pues os envían a llamarlo,
llamadlo, llamadlo
y dad su nombre: DIOS.

RICARDO SEGURA

padece, el Concordato la sujeta a la Revelación y la entrega al Catolicismo maniatada y horrible: "La instrucción de la juventud en las Universidades, colegios, facultades, escuelas públicas y privadas, será en todo conforme a la doctrina católica". (*Art.* 3).

El libro es inmune donde quiera que hay un poco de luz, es el viajero del pensamiento que va publicando por todas las zonas los afanes de la vida humana; el Concordato lo para en su carrera excelsa y declara, poco más o menos, que el Ecuador no necesita de libros: "Además los prelados diocesanos conservan su derecho de censurar y prohibir mediante cartas pastorales y decretos prohibitivos los libros y publicaciones de cualquier naturaleza que sean, que ofendan al dogma, la disciplina y la moral; debiendo también el Gobierno adoptar las medidas oportunas para que dichas publilaciones no se propaguen en la República". (*Art.* 3).

Juzgan de nuestras acciones los jueces naturales, aquellos que nos damos al sacrificar parte de nuestra libertad para establecer la justicia, mas el Concordato nos entrega a la Curia sin apelación: "Así pues, el Gobierno dispensará su poderoso patrocinio y apoyo a los Obispos en los casos en que los soliciten, principalmente cuando deban oponerse a la maldad de aquellos hombres que intenten pervertir el ánimo de los fieles y corromper sus costumbres". (*Art.* 6). "Los jueces eclesiásticos pronunciarán sus juicios sin sujetarlos al dictamen previo de asesores seculares a quienes, sin embargo, podrán consultar cuando lo creyeren oportuno". (*Art.* 7). "Todas las causas eclesiásticas y especialuente las que miran a la fe, a los sacramentos (comprendiendo las causas matrimoniales), a las costumbres, a las funciones santas, a los deberes y derechos anexos al sagrado ministerio, sea por razón de la persona, sea por razón de la materia, pertenecen a los Tribunales eclesiásticos". (*Art.* 8). "En todos los juicios que sean de competencia eclesiástica, la autoridad civil prestará su apoyo y patrocinio, a fin de que los jueces (eclesiásticos) puedan hacer observar y ejecutar las penas y las sentencias pronunciadas por ellos". (*Art.* 8).

El país jadea, agoniza con el peso de la holgazanería frailesca, y el Concordato salva la dificultad por el exceso del mal: "Además de las órdenes y congregaciones religiosas existentes ahora en la República del Ecuador, los ordinarios diocesanos podrán libremente y sin excepción admitir y establecer en sus respectivas diócesis, de acuerdo con el Gobierno, nuevas órdenes e institutos aprobados por la iglesia, en conformidad a las necesidades de los pueblos, a cuyo efecto el Gobierno prestará su apoyo". (*Art.*20).

El presupuesto de la diócesis ecuatoriana (amén de las uñas libres) se estima en $ 245,804.76; por el Concordato se establece una contribución predial de 3 por mil para cubrirlo, y cuando faltare dinero, el Gobierno se compromete a darlo para el culto, del impuesto del uno por mil sobre los fundos rústicos, y del producto de ochenta centavos por cada 46 kilogramos de cacao que se exporte de la República. (*Art.* 1º y 3º *adicionales*).

Los liberales oportunistas convienen en que el Concordato es pésimo, pero hay que conservarlo y cumplirlo porque al fin es un *tratado*. El de 1862 es obra de García Moreno; el de 1881 obra de Ignacio Veintemilla; el de 1890 obra de Antonio Flores. ¿Es posible que los radicales se hagan solidarios de la palabra empeñada por estos traficantes? Las naciones no son inmuebles que se traspasan por un contrato falaz, al primero que se presenta en nombre de Dios o del Diablo; y por el triunfo radical, queda de hecho como si no se hubiese pactado ese padrón de infamia: que si los vencedores lo declararan bueno, asentarían en consecuencia que Veintemilla y Flores deben gobernar al Ecuador permanentemente, ya que el mundo tuvo la desgracia de perder a García Moreno.

El Concordato entrega a los conservadores por medio de los clérigos y los frailes la enseñanza de la juventud, en la cual fincan los sistemas filosóficos y sus derivados políticos, la preponderancia y duración, porque las generaciones que nos suceden son la que prolongan nuestro pensamiento más allá de la muerte.

Compréndenlo claramente los religionarios, y el Catolicismo busca hoy la conversión de las comunidades contemplativas, que hacen el papel de cigarras, en grupos militantes y docentes, que hacen el trabajo de las hormigas; plaga el mundo de hombres y mujeres con hábitos, y sin ellos, afanados en mantener la juventud bajo la matrícula religiosa, para que el poder no se escape de las manos de Roma, y regimienta las falanges apostólicas que se oponen a la emancipación de las inteligencias nuevas.

Si los partidos y los Gobiernos no se empeñan en cerrarles el paso, triunfarán, adueñados de la política por medio de las mujeres, que influyen sobre los hombres, y del porvenir de la sociedad por la juventud, que espiga bajo su cuidado; y cuando la miseria y la tiranía nos despierten—si nos despiertan—tendremos que empezar otra vez la obra de independencia por medio del fuego y de la sangre. Para evitar nuevos sacrificios, se establece la enseñanza laica, gratuita y obligatoria, con espíritu de propaganda.

La filosofía Experimental, nos descarga de la Teología; la Moral Universal, del Dogma; las Instituciones Democráticas, del Syllabus, y tenemos los hechos, en sus causas y efectos, que constituyen la Ciencia, y la bondad y maldad inherentes a las acciones humanas, que constituyen la Moral.

¿Qué más? Quedan los clérigos beligerantes: pues contra ellos la réplica, si se sitúan en un punto conveniente; las leyes de tuición, si se extralimitan, y las balas, si se pronuncian.

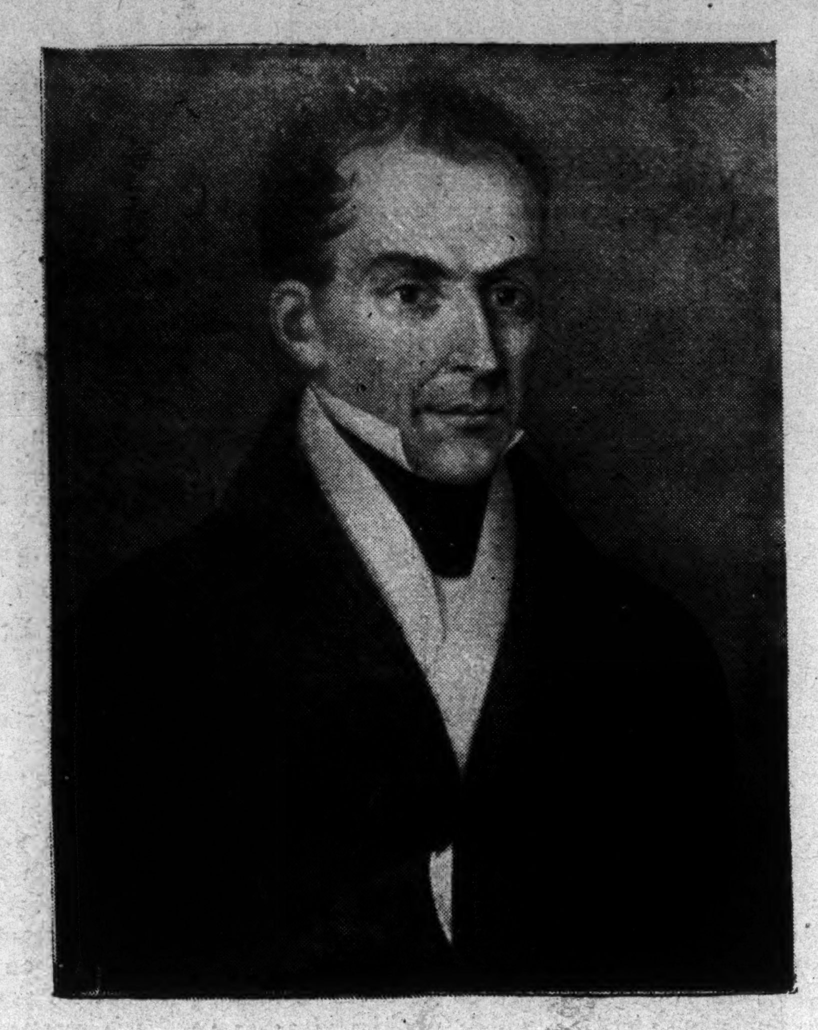
Montalvo, escritor

Lo que más nos interesa en Montalvo no son los asuntos, es la rareza con que los presenta, la sensación tan personal de él, la doctrina que exprime tan categórica y lozana. Acaso nos apartemos de su filosofía por vaga y dogmática, pero nos enamora su énfasis, la seguridad con que decide todo, y la confesión desenfadada de sus simpatías y sus odios. Es tos últimos tienen la atracción de lo prohibido: se queda uno con ellos, no puede olvidar lo que el escritor ha odiado. Averigua el viajero verbigracia, por el granuja Veintemilla, un tiranuelo adrede, cruel, vulgar y cínico, como hay tantos, y no logra apartarlo en la memoria de la hipérbole de las *Catilinarias*. El rollo de la palabra de Montalvo abruma: ha plantado una nueva floresta del idioma y se va por ella como un salvaje grandioso a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo, y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, porque se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico. Su gusto es serio y noble, y se lo facilita a los personajes de su agrado, así antiguos como modernos, lo que falsea la historia de una menera elegante, pero inconveniente. La naturaleza anima sus páginas con tal verdad y atractivo, que las cosas que describe del mundo real, tienen, por el jugo de la frase, una tentación irresistible. Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, y colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero con un buen humor que da escalofrío. Sus obras matan, crean legiones, libertan pueblos. Son la cantera de los escritores libres: para que los tiranos de América vivan en paz, sería necesario que no hubiese existido Montalvo. El nos manda odiarlos y matarlos!

Somatén

Somatén es el clamor de la lucha.

Démosle rienda a la pasión de ser libres: vamos allá, más allá de donde nuestro deseo se sacia y nuestro cuerpo nos sostiene No llamemos vida al descanso, llamémosle muerte; no digamos hasta aquí, sino adelante, adelante! Los esclavos que se rediman; los redimidos que se engrandezcan; los grandes que fulguren. Cerremos los ojos a la extensión; los oídos al tiempo y hagamos del corazón un remo que nos empuje para forzar el destino. Vámonos impetuosos, salidos de madre, disparados: la existencia es bien corta para ir a la felicidad paso a paso. Al cansado démosle ayuda; de los muertos formemos un promontorio para divisar nuestra ruta. El que nos cierre el paso que perezca, si es poderoso; si es débil, llevémosle en hombros, que será nuestro hermano. No haya paz con los fuertes; confesemos nuestra fe bajo el filo de la espada. Si la sangre nos salpica, dejemos que el tiempo la oree, porque no se borra la del justo, ni mancha la del tirano; ni la sangre por su propia virtud es sagrada. Démosle rienda a la pasión de ser libres, démosela: sin eso seremos hombres en busca de dueño, jamás dueños de nosotros mismos.



Bolívar en 1829

(Del natural, por *Antonio Salas*)

Bolívar rechazó la autocracia

=Dos fragmentos del libro: *Antología Bolivariana*; son parte del interesante estudio: *Bolívar maquiavélico*, por Carlos Lozano y Lozano. Ediciones *Antena*. Bogotá, 1938 =

El discurso de Bolívar en el Congreso de Angostura

(15 de Febrero de 1819)

Bolívar se manifiesta como un obediente servidor del Congreso de la Nueva Granada, a pesar de que había ironizado sobre "el tener filósofos por jefes y dialéctica por táctica". Mas ello puede explicarse como imposición de las circunstancias y habilidad política, puesto que su suerte dependía de aquella asamblea. Pero pocos años más tarde, agobiado de laureles, ¿cómo si no era un demócrata sincero reúne el Congreso de Angostura, acepta y patrocina la concurrencia de un grupo de eruditos y utópicos teorizantes, resigna el poder en sus manos y firma gozoso una Constitución de la cual había de renegar más tarde y cuya desgarradura violenta fué el germen de la conspiración septembrina?

Hemos llegado a propósito de aquel congreso a uno de los momentos culminantes de la expresión del pensamiento político del Libertador, y a una de las páginas más eminentes que salieron de su mano, página tal vez sin paralelo en la historia constitucional del continente. El estilo es majestuoso, severo y solemne; el pensamiento denso, magistral, fulgurante. La superioridad intelectual y la dilatada cultura que aquel escrito demuestra, colocan a Bolívar entre las altas autoridades en ciencias políticas de su época.

Analicemos tan rápidamente como lo impone la limitación del tiempo, aquel documento.

La base de cuantas argumentaciones están allí expuestas, es la soberanía del pueblo y la supremacía de la voluntad popular. El origen de la autoridad y de la organización jurídica la encuentra Bolívar en las determinaciones de las libres mayorías, libremente consignadas. No debe olvidarse a este respecto que de ahí en adelante, en ningún momento prescindió Bolívar de esta doctrina, que es dentro de su pensamiento el hecho fundamental que nos autoriza para llamarlo demócrata. Están consignadas allí también las siguientes palabras que son la más autorizada refutación de la carta boliviana concebida seis años más tarde: "las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él se acostumbra a mandarle; de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande siempre".

Con igual vigor está consignado en ese discurso el principio de la igualdad política y civil que el Libertador subraya afirmando enérgicamente que la raza india y la negra deben estar colocadas en el mismo pie de la blanca.

El documento es armonioso, equilibrado, con igual respaldo en la experiencia y la teoría. Es la etapa más feliz, más serena, más certera del ideal político de Bolívar. Y hecho un equitativo balance de todas sus partes es una pieza sinceramente republicana, de un liberalismo moderado, pero suficiente para justificar esa filiación ideológica en el Padre de la Patria.

Sin embargo, allí están expuestas de una manera insuperable las razones que aconsejan la desconfianza respecto de la aptitud de las poblaciones de América para la libertad. Allí se hace una descripción de formidable valor sociológico acerca de las condiciones del gobierno colonial y se dibuja con rasgos escultóricos la pasividad y la impotencia enervantes a que estuvieron sometidos los pueblos subyugados por la corona de España; la elocuencia de aquellos pasajes insinúa en cualquier espíritu una duda sobre la oportunidad de la democracia para aquellos pueblos recién arrancados de la servidumbre.

Allí está consignada la frase que plagió después el señor Núñez en otro documento memorable, y según la cual las monarquías deben ser tolerantes y las repúblicas autoritarias. Allí está preconizada con énfasis magnífico la necesidad de los ejecutivos fuertes, más fuertes que los otros órganos del Poder; allí se propone como modelo y arquetipo de gobiernos, la monarquía inglesa, que entonces no había llegado sino a la mitad de su evolución en el sentido parlamentario, y a pesar de eso se afirma al mismo tiempo que el jefe del Estado de las nuevas repúblicas debe tener mucho más poder que el rey de Inglaterra; allí se habla de oponer diques a la licencia del sufragio; allí, sobre todo, se propugna el dogma del senado hereditario, que fue uno de los más grandes y tenaces errores del Libertador. Sin olvidar que entre la libérrima Atenas y la brutal Esparta, Bolívar, que sin embargo había demostrado en aquel mensaje tan profunda penetración histórica, se pronuncia, demostrando aberrante ceguedad, por la tierra de Licurgo que, como ha dicho alguien, apenas dejó de sí el recuerdo de un puñado de hombres testarudos a quienes sacrificó Leonidas en las Termópilas.

Meta de Bolívar: la democracia

Bolívar no renunció nunca a la libertad. Bolívar no admitió nunca la teoría del gobierno autocrático. Bolívar no preconizó nunca la bondad intrínseca de la dictadura. Al elogiar la monarquía se refirió siempre a las monarquías constitucionales. He aquí, puesto al desnudo, su pensamiento: "Cuando hablo del gobierno británico, sólo me refiero a lo que tiene de republicano, y a la verdad, ¿puede llamarse monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta y cuanto es sublime en la política? ¿Puede haber más libertad en ninguna especie de república? ¿Y puede pretenderse más en el orden social?

Los azares y vicisitudes de una lucha de 15 años, durante los cuales estuvo en contacto con hombres de las más diversas condiciones y sentimientos, y conoció por percepción directa la índole de las varias nacionalidades de la América septentrional, pusieron su espíritu ante expectativas y panoramas antagónicos, que con influjo contradictorio se reflejaron sobre su ideología. Pero cuando todo medido y pesado, el Libertador consideró necesario afirmar su verdad; cuando el final de una guerra muy larga planteó la urgencia de decidir cómo había de organizarse el gobierno frente a los problemas de la paz, el héroe pidió apenas el aplazamiento, no la abolición de la libertad política; pidió una etapa de transición entre la Colonia y la República. Pidió una autoridad sin nombre en los anales de la teoría constitucionalista, como la de Pericles en Atenas y la de Cayo Graco en Roma. Debe aceptarse que aquel tipo de autoridad se acerca más a la monarquía que a la república. Pero suprime la tradición de la realeza, acostumbra al pueblo a proclamarse soberano y capaz de cambiar al gobernante, y prepara el advenimiento gradual de la democracia. Desde luego en la teoría. La experiencia humana no confirma esta esperanza halagüeña. Bolívar erró en la escogencia de los medios, y en sus últimos días alcanzó a comprender ese error. Pero el concepto equivocado por él acogido no fue el que ahora celebran

(*Pasa a la página 267*)

En Colombia pienso...

= De *Noticiario Colombiano*. San Jose de Costa Rica, Mayo de 1939 =

Releo en estos días los *Discursos populares* de Sarmiento. Estamos en 1884. Sarmiento andaba ¡el andariego! buscando entonces adhesiones de Gobiernos hispanoamericanos a una de sus ideas (lo de "eduquemos nuestra lengua"), a una de sus muchas ideas civilizadoras: legalizar un arreglo por el que los Estados se obligarían "a tomar del comercio de libros, sea a los editores o autores, un número de ejemplares de la edición que hiciesen en castellano de obras de lectura instructiva o amena, publicadas en otras lenguas."

Uno de los países (su Ministro) que firmó el Convenio fué Colombia, con Chile, Argentina y el Uruguay. Hoy también lo firmarían los Ministros de algunas Repúblicas más: Cuba, México...

Las palabras textuales y finales de Sarmiento en un brindis sugestivo (en Chile, 5 de abril de 1884) fueron éstas:

He aquí, señores, el objeto de la convención latinoamericana, *que han firmado hoy los ministros de cuatro naciones sudamericanas. He aquí el objeto de este banquete que el instinto del bien y la hospitalidad chilena me ha preparado. El pueblo siente que de sus destinos futuros se trata, y que en busca de una solución salvadora, el joven que en 1842 dijo: escuelas es el remedio, a los setenta y cuatro años se arrastra cargado todavía de experiencia y preocupado del porvenir, repitiendo la frase desatendida de Larra:*

¡Lloremos y traduzcamos!

Brindo al éxito práctico de la convención latinoamericana para el fomento y propagación de los libros útiles que ha recibido hoy los sellos de Colombia en memoria de Bolívar, de Chile, República Argentina y Uruguay, como complemento de la independencia que hoy preparaban a América reunidos en el llano de Maipu.

(En el ideario político de Sarmiento, no se mantienen las instituciones libres si no hay pueblo ilustrado. "Educar al Soberano" fué la mayor de sus preocupaciones de Estadista).

La iniciativa de Sarmiento en 1884 quedó frustrada, como otras suyas. Le salieron al paso los Congresos, nuestros Congresos sordos y opacos!

Sin embargo, Argentina siguió en su idea (la de Sarmiento): nada semejante existe hoy, en los otros países latinoamericanos, a la Comisión de Bibliotecas Populares argentina; toda una benemérita y arraigada institución de cultura. ¿Cuándo se la verá extendida, en su organización y beneficios, a toda la América nuestra? Mil quinientas, más o menos, son ya las Bibliotecas Populares, complemento de las Escuelas Públicas. Pueblos con Escuela Pública solamente, apenas ven con un ojo; y para progresar, necesitan ver con dos, que se ajustan con la Biblioteca Pública.

En Chile se creó (1908) una Biblioteca de Escritores de Chile que no se ha continuado, a lo que sabemos. Santiago de Chile, en cambio, se ha vuelto una ciudad editora de libros muy importante. Buenos Aires lo es también, y en mayores proporciones y posibilidades. Buenos Aires será la gran ciudad productora de libros para el mundo de habla española deseoso de instruirse sin limitaciones espirituales. (Recordemos con lágrimsa que el oscurantismo ha apagado las luces de Madrid y Barcelona). En 1935 el Dr. Luis López de Mesa, como Ministro de Educación, acordó el establecimiento de la Biblioteca Aldeana de Colombia. Hoy es una realidad ejemplar, ciertamente muy honrosa para dicho país; cien tomos que exponen la cultura colombiana, tan interesante en su diversidad. Ya había "Cultura Argentina" (el admirable esfuerzo de José Ingenieron). El Brasil tiene coleccionados sus grandes escritores. (Los conocemos tan poco!) Cuba camina en ese rumbo luminoso; Cuba es el primer país de nuestra América que ha creado una Dirección de Cultura, fundación que ya está sirviendo —y de qué modo— a la de Cuba y a la de América, porque es Dirección generosa. El Ecuador por ahí va (pienso en los esfuerzos del "Grupo América"). Venezuela también (pienso en la activa Asociación de Escritores Venezolanos. Existen otras por el estilo en América, pero más o menos decorativas; la de Venezuela trabaja).

Advirtamos de paso —y deploro omisiones, que las habrá (*) — los esfuerzos editoriales de Germán Arciniegas, en Bogotá, con sus Ediciones Colombia 1925); los de Arturo Zapata, ahora con las suyas en Manizales, Colombia; de Samuel Glusberg, en Buenos Aires, con Babel; de R. Blanco Fombona, en Madrid, con su Editorial América; de Alberto Palcos, en Buenos Aires, con sus Grandes Escritores Argentinos; de V. García Calderón, en París, con su Biblioteca Liliput; de Dn. Fdo. Ortiz, en La Habana, con su Colección de Libros Cubanos; de Agustín Loera y Chavez, en México, D. F., con su Cultura. Advirtamos el esfuerzo editorial ejemplar de José Vasconcelos, cuando fué Ministro de Educación en México; los de otras Secretarías de Estado mexicanas, antes y ahora; los actuales del Fondo de Cultura Económica, así como los del diario *El Nacional*, ambos en México, D. F.

Estas noticias, indicaciones, las doy porque sé que regocijan a Sarmiento, allá en su "roca de crear" donde está sentado, con Juárez, con Bolívar y otros Dioses tutelares de América.

Lo esencial ahora es decirles a todos que en eso de cuidar los intereses de la cultura en estas patrias, en eso de "educar nuestra lengua", Colombia siempre ha estado arriba. A todos los llamados — y hacia todos los horizontes— de la Inteligencia, la Justicia y la Cultura en esta América criolla, Colombia siempre acudió y acude, estuvo y está en su puesto. Por eso la queremos y la admiramos, seguimos sus huellas, las de sus hombres inteligentes que estudian y trabajan. Por fortuna en Colombia suelen llegar al Gobierno hombres de estudio activo, creador, sarmentiano, digamos; porque lo hay también pasivo, infecundo. La prensa de Colombia es de lo mejor, de lo más ágil e ilustrada que hay en América. De *El Tiempo* de Bogotá, por ejemplo, hay una dilatada presencia en el *Repertorio Americano*, que como su nombre lo indica, compila escritos notables que su callado editor se va hallando en las hojas impresas de habla his-

(*) Por ejemplo: las ediciones *Sur*, la magnífica empresa editorial de Victoria Ocampo, en Buenos Aires.



Dr. Eduardo Santos

20 de Julio de 1939. *Colombia celebra en este día un aniversario más de su independencia lograda.* ("No basta obtener la independencia", afirma Bolívar; se necesita más: alcanzar la libertad! *La cita es del Dr. Carlos Lozano y Lozano, Ministro de Gobernación en el Gabinete del Dr. Santos*). *Saludamos pues, a Colombia en la persona de su egregio Presidente Santos, que la honra y la sirve de modo ejemplar en el alto cargo que ocupa. ¡El Presidente Santos es uno de los mejores Gobernantes—¡uno que otro así!: Cárdenas de México y Aguirre Cerda de Chile—con qué se enorgullece esta América criolla.*

Habla en esta entrega Colombia pensadora y progresista por boca de uno de sus escritores independientes: Juan de D. Uribe, *a quien honramos también en este día de recuerdos, alegrías y esperanzas*

pana. Lástima que el *Repertorio Americano* salga en tan pocas páginas y no con la frecuencia que quisiéramos. Mayor, más voluminosa e importante sería la compilación; porque cosecha nutricia, hay no poca en los papeles impresos de nuestra América y España (libros, folletos, revistas y diarios). Me complazco en declarar que en esa cosecha, Colombia tiene parte muy estimable.

Pienso en Colombia... Pensar en Colombia es pensar en Bolívar, el almo Pater. Porque no aró en el mar, como dicen que dijo. Con los años ,el arado metafórico se ha vuelto remo y velas y hoy la sombra de Bolívar es la extensión de América y sus promesas, tan amplia, tan abierta para la obra del Espíritu como los dos océanos mayores que bañan sus extensas costas y le traen las ideas. (Recuérdese que la tribuna ateniense de las arengas miraba hacia el mar). Colombia es Amércia. América, la nuestra, debiera llamarse Colombia. Ya está saliéndose, Colombia, hacia su América, de las limitaciones fronterizas de la geografía política. Tiene hombres públicos ejemplares, inteligentes, generosos, que prevén, vigilan, piensan y hacen, que es lo que se necesita, ahora más que nunca, en los que se llaman de Estado.

(Dedico los renglones anteriores a mi excelente amigo el Doctor Plinio Mendoza Neira, Ministro de Colombia en Centro América, gran animador de las letras nuevas colombianas y mantenedor en Bogotá de la Editorial *Antena*, nombre ciertamente muy expresivo).

J. GARCÍA MONGE

Costa Rica, mayo de 1939.



Dr. Publio Mendoza Neira

Ministro de Colombia en Centro América y generoso propulsor de las letras, en libros y periódicos, dentro y fuera de su patria. También lo saludamos con cariño en este 24 de julio de 1939.

Una lección cívica

= De *El Tiempo*. Bogotá, junio 24 de 1939 =

A más de su significado directo, del cual han hablado con su acostumbrada competencia otros coloboradores de este diario, la manifestación habida en Medellín con el objeto de mostrar el volumen de opinión nacional en favor de una más amplia descentralización en el uso de los recursos departamentales, tiene indirectamente un valor actual e histórico para señalar hasta dónde han llegado en bien de la república en los dos últimos lustros la educación de las masas en el uso de la libertad y la virtud de la tolerancia para con la expresión de las ideas en los encargados de la administración pública.

Ochenta mil ciudadanos se han reunido en el Parque Berrío de Medellín impelidos por el deseo de apoyar con su presencia y con su entusiasmo a las personas designadas por los manifestantes o sus directores para hacer conocer a toda la república sus ideas y sentimientos acerca del asunto, materia de discusión.

En orden completo, no sin cálidas manifestaciones de aprobación o de entusiasmo, los concurrentes señalaron su presencia y su adhesión al pensamiento de los oradores sin comprometer en ningún momento la tranquilidad de la reunión y sin tratar de arrebatarles a los voceros de la opinión el derecho a expresar sus sentimientos con la mayor amplitud y franqueza. La lectura de los telegramas en que se describe el comportamiento de los manifestantes y el tono de las oraciones pronunciadas en el solemne concurso, autoriza al buen colombiano para ufanarse del nivel lisonjero a que ha llegado esta democracia en el uso de sus derechos.

No sería justo comparar nuestra situación política del momento con la vida actual de las democracias europeas azotadas aún por las amargas consecuencias de una guerra sin ejemplo y de una paz desventurada; sería ofensivo para nosotros mismos señalar las discrepancias entre la política interior y la administración pública de los Estados totalitarios y la manera como se desenvuelven en este país las relaciones entre el gobierno y la opinión de los asociados; pero no hay injusticia ni siquiera desproporción en hacer un cotejo entre la vida política de Colombia en el momento actual y la manera como eran tratadas manifestaciones semejantes en las naciones más cultas de Europa antes de 1914. El desfile de cuarenta o cincuenta mil sufraguistas en 1912 de las orillas del Támesis a Hyde Park puso en alarma a la población de Londres. Policía montada dirigía la marcha de las entusiastas señoras de sus propios pensamientos y gentes adversas al movimiento sufraguista trataban por momentos de trastornar el desfile. El orden parecía sostenerse en el respeto secular del pueblo a la policía, y era común el temor de que una leve oscilación de la conciencia en esos instantes pudiera causar desgracias irremediables. No las hubo ese día. Meses más tarde, en una hermosa mañana de primavera, a las nueve precisas, todos los vidrios de las grandes casas de comercio y de los bancos saltaban en pedazos a una orden del comando sufraguista. Esta violencia era el resultado de que aquellas mujeres, en un régimen de libertad legal de la expresión del pensamiento, carecían de medios para hacerse oír por la prensa. Los diarios seculares, las hojas de fundación reciente estaban en manos del capitalismo absorbente, y el capitalismo era enemigo de concederle derechos políticos a la mujer. Estas mujeres podían usar de grandes capitales en la defensa de sus opiniones, pero la prensa les cerraba la entrada. Podrían haber fundado un diario para su defensa; pero para fundar un diario en Londres importa poseer millones antes de lanzarlo al público y para colocar en manos del lector indiferente los primeros números hay necesidad de consumir en cada uno de ellos nada menos de diez mil libras, o sean ochenta mil pesos de nuestra moneda. La violencia del sufraguismo arrancaba de no tener sus adeptas órgano de opinión. También los partidos colectivistas apelabas a la violencia por carecer de órganos para defender sus principios y propagarlos.

No hay necesidad de recordar la manera como los gobiernos de París, usaban antes de 1914 el derecho de inspección sobre las manifestaciones públicas de significación política. Al día siguiente de la manifestación en favor de Ferrer en 1909, atropellada por la policía montada, la prensa daba cuenta de las bajas como en la descripción de un vivaz escaramuza en tiempo de guerra.

Aun ante el panorama hispano-americano el habitante de Colombia puede aceptar la comparación de su vida política con los demás pueblos del continente sin necesidad de apelar a la indulgencia ante los ojos de quienes quisieran plantear la confrontación. Ni el capitalismo frondoso, ni el peligro militarista, ni la demagogia reprimida amenazan aquí las libertades del individuo ni la tranquilidad colectiva. La historia de un siglo de agitación y de ensayos enseña que en Colombia y acaso en todo el mundo la libertad suministra y la tolerancia en su caso, los mejores procedimientos para gobernar dignamente y para resolver los más agudos conflictos.

B. SANÍN CANO

Anverso y reverso

Comienzan ya los festejos con que se va a conmemorar el 150º aniversario de la revolución francesa, origen de la democracia, principio de una nueva era bendecida, según unos; maldita, según otros. Generadora de todos los bienes, para éstos; creadora de cuantos males han asolado y asolarán la tierra, para los otros. Los tiempos en que era dulce vivir terminaron en 1789, dicen los panegiristas del antiguo régimen. El oscurantismo, la miseria, la esclavitud, el dominio de una aristocracia estúpida, terminaron en 1789, declaran los adoradores de los Derechos del Hombre. Ambos puntos de vista son exagerados. La revolución acabó con privilegios absurdos y dió al hombre conciencia de su dignidad y sus derechos, pero fundó un nuevo orden de cosas que contiene injusticias e iniquidades no meno-

res que las antiguas. No supo, sobre todo, establecer la paz. Por el contrario, nunca fueron las guerras tan frecuentes ni tan feroces como en este siglo y medio, que va corriendo de 1789 hasta hoy.

Clemenceau, defendiendo a la revolución francesa al cumplirse el primer centenario de la toma de la Bastilla, declaró que la revolución era un bloque. Es decir, que había que aceptarlo todo. Los grandes hechos, las conquistas generosas de la libertad, y los crímenes atroces. Los asesinatos de septiembre. La guillotina, que devoró a todos los revolucionarios. La sed de sangre, que terminó el 9 thermidor. Herriot, en recientes artículos, rechaza la actitud de Clemenceau. "No. La revolución no es un bloque. Hubo en ella muchas cosas admirables, y otras muchas abominables. Personalmente, no me exalta la toma de la Bastilla. Fué un acontecimiento mediocre. En la vieja fortaleza no había sino media docena de asilados. En cambio, nada más noble que la noche del 4 de agosto en que, entre la emoción y las lágrimas, los diputados, emulando en desinterés y patriotismo, abolieron todos los antiguos privilegios y declararon la igualdad de todos los ciudadanos. En aquella noche, nobles liberales, como el vizconde de Noailles o d'Aiguillon rivalizaron en generosidad con el obispo de Chartres o el arzobispo de Aix. Todos cedían sus derechos y se entregaban a la embriaguez generosa de la fraternidad." Después vino el trágico despertar, y la ola de sangre lo cubrió todo. Herriot observa con justicia que el movimiento de la revolución no se originó en Francia sino en América, y que los signatarios de la Constitución de los Estados Unidos fueron en verdad los precursores de la libertad del mundo.

Una de las maravillas de la revolución fué el florecimiento extraordinario de hombres superiores que produjo. Seminaristas, tenderos, boticarios, pequeños abogados de provincia, empleadillos, campesinos, palafreneros, barberos, que antes de 1789 no eran nada ni esperaban ser nada, se trocaron de la noche a la mañana en grandes estadistas, oradores de primera fila, organizadores, hacendistas. Y la pléyade de generales de 20 años, que llevaron victoriosa la bandera de la revolución a todas las fronteras: Marceu, Kleber, Hoche, Jourdan, Augereau, Bessiéres, Bernardotte, que debía ser rey, y el más grande de todos, el que construyó sobre las cenizas de la revolución su imperio: Bonaparte.

Las naciones democráticas que aún alientan sobre la tierra, se unirán para celebrar este 150º aniversario de la revolución en este año en que fuerzas oscuras y poderosas se aprestan a realizar el último esfuerzo para someter a los pueblos a esclavitud tan oprobiosa como no la conocieron antes de 1789. El mejor homenaje que se puede hacer a los hombres de 1789, será defender su obra y entregarla depurada e inconmovible a las generaciones futuras.

(De *Calibán*, en la edición de junio 28 de 1939 de *El Tiempo*, Bogotá).

Bolívar rechazó la...

(*Viene de la página* 264)

entre nosotros los devotos del fascismo y el nazismo, que reniegan de la deliberación popular y hacen de esa negación un sistema, el cual atribuyen a Bolívar. El Libertador no sostuvo jamás nada semejante a esa tesis. Dijo, simplemente, que los pueblos de América no estaban preparados para la libertad. Y dijo también que la libertad abusivamente usada, al producir la anarquía, destruiría la independencia, bien mayor, inaplazable y único posible origen del otro.

La exactitud de esta interpretación la demuestra una serie de documentos salidos de su pluma, cada uno de los cuales no bastaría por sí solo, pero cuyo encadenamiento constituye la clave del problema objeto de este análisis. Y la demuestra la serie de sus actos culminantes de 1819 a 1830, que es en su conjunto armónico con el sentido que fluye de los documentos.

Véase la carta de Jamaica. Allí Bolívar expone, quizás sin recordarlas, ideas de Maquiavelo dando a las expresiones frías y cortantes del italiano, vuelo lírico y ropajes retóricos: "¿Puede concebirse que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo?"

Esta frase no puede proceder sino de una convicción que erige la esfera de la libertad en un régimen incomparable pero que para ser alcanzado requiere medios y fuerzas proporcionados. E implica desde luego una invitación a buscar esos medios, y una elección anticipada del sistema, para cuando los medios existan. Que esta observación es exacta, lo prueban otras líneas, del párrafo siguiente: "Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el nuevo mundo sea, *por el momento*, regido por una república". Luego el régimen perfecto es la república; luego pasado el momento en que tal sistema es inoportuno, hay que implantarla. Tales son las conclusiones forzosas del intérprete.

¿Y en qué consiste la inoportunidad del momento? La respuesta la da Bolívar con la siguiente cita de Montesquieu: "Es más difícil sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre". Sólo que este concepto es de Maquiavelo, quien lo expresa con toda claridad en el capítulo XVI del primer libro de la Década, que comienza con estas palabras: "Cuán difícil sea para un pueblo acostumbrado a vivir bajo un príncipe, preservar después la libertad, si por cualquier circunstancia la alcanza, cómo la conquistó Roma después de haber arrojado a los Tarquinos, lo demuestran infinitos ejemplos que se leen en los anales de las historias antiguas".

Y el concepto es de una evidencia perentoria. Bolívar lo explica con frases luminosas: "Tan negativo era nuestro Estado (durante la Colonia), que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de edades y la política de todas las naciones".

"Al fin, son persas los jefes de Ispahn; son turcos los visires del Gran Señor; son tártaros los Sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandatarios y letrados al país de Gengis Khan, que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros. Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal, que es tan necesario conservar en las revoluciones"... "Los americanos han subido de repente, y sin los conocimientos previos, y lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales..."

Pero lo que dentro de este escrito imperecedero demuestra con más claridad la premisa sentada atrás, es el párrafo sobre el presente y el futuro de Chile. "Chile puede ser libre —afirma el Libertador lleno de regocijo.. ¿Y por qué puede ser libre? Porque sus habitantes están habituados a la libertad. Dada la superioridad que Bolívar reconoce a la educación cívica de los descendientes de los araucanos, aconsejó para ese pueblo desde el primer momento "las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república".

La menta del caudillo, es, pues, la democracia. Sólo que para llegar a esa meta es necesario recorrer una senda difícil. Y para recorrerla con éxito hay que aplicar diversos métodos, según la índole de las varias naciones. Es para la Gran Colombia, entonces apenas existente en su cerebro, este consejo: "Su gobierno podría imitar al inglés; con la diferencia de que, en lugar de un rey habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario si se quiere república".

El 13 de junio de 1821, Bolívar escribe a Santander desde San Carlos una carta acerca del curso del Conrgeso de Cúcuta.

"Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá. Tunja y Pamplona no han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los boga del Magdalena, sobre los bandidos de Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los goagibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes del Africa y de América, que como gamos recorren las soledades de Colombia. ¿No le parece a usted que esos legisladores, más ignorantes que malos y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina?". "Se creen númenes enviados del cielo a la tierra, no para amontonar escombros de fábricas monstruosas y para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter".

He aquí la misma tesis de la carta de Jamaica reducida a unas pocas líneas, a la vez de terrible y encantadora ironía. No puede edificarse un edificio griego sobre una base gótica. ¿Cuál es la base gótica? La Colonia. ¿Cuál es el edificio griego? La República. Hay que buscar, pues, una fórmula de transición entre los dos estilos. Pero el edificio griego no merece en sí mismo ningún reproche. Bolívar

(*Concluye en la página* 271)

En el memorable aniversario 150

(Discurso del Lic. Alejandro Alvarado Quirós, trasmitido por radio en la velada que la Estación Athenea dedicó a los estudiantes de la Escuela de Derecho el 14 de julio del año en curso)

= *Colaboración*. San José de Costa Rica julio 14 de 1939 =

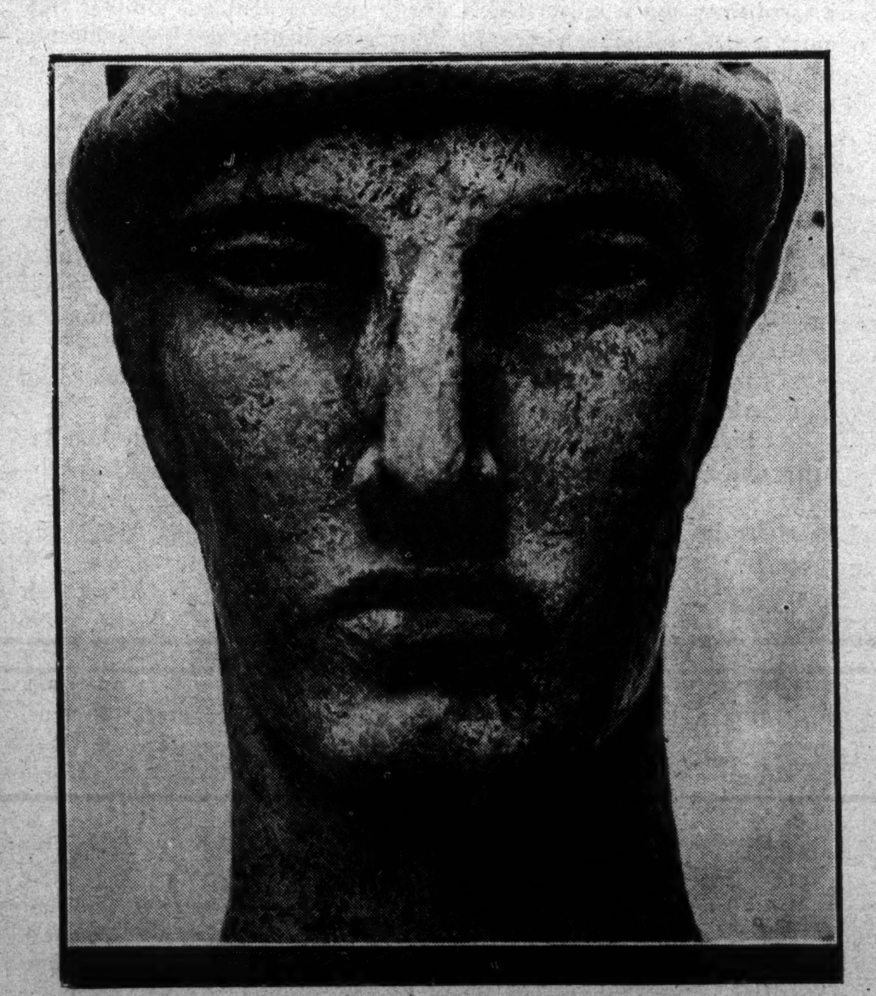
Señoras y señores:

Afianzado el régimen democrático en la tercera República, en 1880 se dictó una ley en Francia declarando el 14 de julio como el día de la fiesta nacional y hoy los estandartes tricolores y los emblemas de los tres principios: libertad, igualdad, fraternidad, que se ostentan en todos los edificios del Estado habrán tenido en la gran nación latina mayor relieve porque se conmemora el 150 aniversario de la toma de la Bastilla.

Es cierto que en 1789 al derribarse las puertas de la fortaleza y penetrar los asaltantes como un torbellino libertario, sólo se encontraron unos pocos prisioneros descontando penas por delitos de derecho común y que aquella victoria del pueblo se maculó con la muerte del Comandante Delaunay y algunos otros excesos, inevitables después de las horas de combate y de las bajas sufridas por los sitiadores, pero es preciso reconocer que esa primera etapa del movimiento revolucionario fué bien encaminada contra la odiada prisión que desde fines del siglo XIV había servido para entronizar los privilegios de la aristocracia y como baluarte del despotismo de todos sus anteriores Gobernantes.

Construida La Bastilla en las vecindades de París, contigua al Barrio San Antonio, provista de torres, bastiones y puentes levadizos, había servido según una frase de un publicista más "que para encarcelar a los hombres para aprisionar las ideas". Las personalidades que estaban en gracia del monarca disponían de formularios en que bastaba llenar dos renglones con el nombre de la víctima y con la firma regia para que desapareciera del mundo, confinado en los calabozos de la prisión, el enemigo político, o el enemigo personal y a veces hasta el hijo de cuya conducta no estaba el padre satisfecho.

En La Bastilla, según la tradición, fué encerrado de por vida en la época de Luis XIV un príncipe como consecuencia del tenebroso drama doméstico conocido con el nombre de la máscara de hierro y sus cañones, apuntando a la capital sirvieron de vigoroso respaldo a la nieta de Enrique IV para cooperar con sus amigos los revolucionarios de la Fonda. Para los filósofos que en el siglo XVIII se impusieron la noble labor de esparcir las simientes de los principios que iluminaron las conciencias y prepararon el cambio radical del régimen, La Bastilla era una amenaza constante que sin embargo no logró hacerlos enmudecer o detener el impulso de su pluma demoledora.



La France Por *Bourdelle*

Llega el mes de julio de 1789 y como en cada época, según lo dice el historiador Mignet, es preciso un hombre que sirva de jefe y cuyo nombre es como el estandarte de un partido, ese hombre fué el Ministro Necker, mientras tanto que la Asamblea instalada recientemente en Versalles tuvo que luchar contra la Corte. Todos sabemos que lo que perdió a Luis XVI fué su indecisión, la pugna en su fuero interno entre su índole bondadosa y las ideas de dominio absoluto legado de sus mayores, apoyadas por un círculo de cortesanos y consejeros y por las bayonetas de regimientos extranjeros que tenían la consigna de una obediencia ciega, cuyas amenazas tuvieron la virtud de despertar muchos heroísmos en el alma popular.

París se había pronunciado ya por la Asamblea, una vez que ésta quedó integrada por los Representantes de las tres órdenes: nobleza, clero y estado llano, siendo ésta última la mayoría que por lo mismo logró imponerse, considerándose como la genuina voz de los pueblos. En la capital el fermento patriótico era cada día más intenso. La prensa exaltaba los espíritus y de preferencia eran leídas las crónicas de las sesiones parlamentarias. En los jardines del Palacio Real eran constantes las reuniones y tumultos populares instigados por los oradores improvisados que desde las tribunas pintaban los peligros de la patria, aconsejando la resistencia de la ciudadanía.

El 11 de julio ocurrió la renuncia y el destierro de Necker y una verdadera crisis ministerial. El partido de los Príncipes que pugnaba por sus seculares privilegios parecía haber ganado la partida en el gobierno. Al día siguiente se esparcieron tales noticias originando en París tremenda agitación, porque se daba crédito a un complot preparado en complicidad con las tropas extranjeras al servicio del Rey y fué entonces que en los jardines del Palacio Real subió a la tribuna Camilo Desmoulins. Su arenga corta, vibrante, decisiva, forma parte de las páginas de la historia. Se refirió a la caída de Necker, considerándola como la campanada para tocar el degüello de los patriotas e indicando como único recurso la necesidad de armarse. Tomemos una divisa, el verde de nuestras esperanzas, exclamó al terminar su discurso y en un instante fueron despojados los árboles del parque para ornar la cabeza o el corazón de los manifestantes. Este fué el primer paso de la Revolución. Viene a mi memoria un hermoso párrafo de Víctor Hugo, que es como la síntesis de esta formidable transformación ideológica. "Atribuir la Revolución a los hombres, escribe el poeta inmortal, es como imputar las mareas al oleaje. La Revolución es una acción de lo desconocido. Llamadla buena o mala, según que se prefiera el porvenir o el pasado, pero dejad la responsabilidad a quien la hizo. La Revolución parece la obra colectiva de los sucesos y de los grandes hombres mezclados, pero ella es en realidad la consecuencia de los acontecimientos. Estos giran y los hombres pagan. Los sucesos dictan y los hombres firman. El 14 de julio está firmado por Camilo Desmoulin, el 10 de agosto por Dantón, el 2 de setiembre por Marat, el 21 de enero por Robespierre, pero ellos son simples cartularios. El redactor enorme y siniestro de estas grandes páginas tiene un nombre, Dios y una máscara, el Destino."



Lic. Alejandro Alvarado Quirós

Antes y hoy, admirador y amigo de Francia, y Presidente del Comité France-Amérique de Costa Rica.

Después de una noche de fiebre y de incertidumbre en la capital mientras se organizaban patrullas que recorrían las calles iluminadas para la vigilancia, pues estaba alerta el patriotismo, amaneció el día 14 de julio. La multitud se dirige sin temor al Cuartel de los Inválidos y a pesar de las tropas acantonadas en el Campo de Marte, se apoderan de 28 mil fusiles y de algunos cañones, sables y espadas que estaban guardadas en los sótanos del edificio. No olvidemos que el Comité ejecutivo revolucionario ya había ordenado forjar 50.000 picas para distribuir entre las filas populares. La pica, el gorro frigio y la escarapela azul y rojo que reemplazó a las hojas verdes, son inseparables del recuerdo que caracterizó a las milicias improvisadas de

la República, tal como han llegado a las miradas de la posteridad.

Desde las nueve de la mañana hasta las horas del mediodía sólo se escuchaba por doquiera este grito: Vamos a la Bastilla. El rumor de que sus cañones apuntaban a los barrios cercanos de la ciudad, el temor que inspiraba la Fortaleza y el odio a los abusos que ella protegía, impulsaba a todos los ciudadanos inpendientes a formar en las filas de los sitiadores. El Gobernador tenía a sus órdenes tan sólo 40 soldados suizos y 80 inválidos pero eran mucho los obstáculos para que tropas desordenadas pudieran lograr éxito en la empresa temeraria. Después de varias peripecias se empeño la lucha por la toma del segundo puente levadizo y la guarnición, con disparos nutridos de metralla contenía a los sitiadores. La llegada de algunos destacamentos de las guardias francesas provistos de artillería, que días antes se amotinaron cambió el resultado de la acción.

Delaunay intentó hacer saltar la Fortaleza y sepultarse en sus escombros y avanzó para ello hasta un depósito de pólvora, pero la guarnición lo atajó porque ya estaba desmoralizada y enarboló la bandera blanca de la rendición. Habían llegado las horas del crepúsculo cuando los atacantes pudieron invadir la Bastilla en su afán libertario, conducidos por algunos caudillos, los que se habían señalado en la lucha por el desprecio de la vida o por revelar dotes de mando, mientras que los mensajeros llegaron al Palacio municipal con la buena nueva de esta victoria dura y gloriosamente conquistada por el pueblo. Por la noche París simulaba un inmenso taller y un vasto campamento, surcado de barricadas, y no obstante, las numerosas manifestaciones de alegría, prevalecía en los espíritus la desconfianza, pues se esperaban nuevos combates con tropas regulares, ordenados como desquite de la Corte.

Recordamos en este momento una frase memorable que pueda servir de comentario a la breve reminiscencia que hemos trazado de estos sucesos. El Duque de Liancourt que tenía destacada posición en Versalles, pero de conocidas ideas liberales, informó a Luis XVI de la defección de los guardias franceses y de la toma de La Bastilla, cuando éste acudió presuroso al salón de sesiones de la Asamblea. Al saber estas noticias que sus ministros no le habían trasmitido siquiera: "Se trata de un motín" dijo el Rey extrañado, "no Sire, contestó el Duque, esto es una Revolución."

Un revolución era en efecto o más propiamente dicho, la Revolución por antonomasia, algo como un mojón que divide a los países en su historia, como fué el descubrimiento de América, que dejó atrás el pasado, iniciando la edad contemporánea. Revolución que fué preparada primero entre las gentes de cultura, que leían y aplaudían a Voltaire, que discutían las doctrinas de Juan Jacobo Rousseau, admirando sus libros renovadores que contenían en germen el dogma de la soberanía del pueblo, sustituyendo el derecho divino de los Reyes y que luego ganó por contagio a las masas ávidas de bienestar en aquellos años de miseria. Revolución sagrada de patriotas lista a enfrentarse a los enemigos extranjeros y a los traidores del mismo país, con una decisión irrevocable de vencer o morir.

Existe un partido en Francia que se reclama de las tradiciones, e ilustres pensadores, al analizar los resultados de la Revolución con serenidad filosófica pretenden demostrar que el movimiento acelerado y las transformaciones profundas de la Revolución causaron mal en las instituciones que regían a la sociedad de la antigua Francia y que hubiera sido preferible la evolución y la conservación de las leyes, de los cuadros en que convivían las distintas clases de la cultura que en 1789 había dado renombre a la Nación, corrigiendo eso sí los abusos de la dictadura de los Reyes y de sus cortesanos y tomando como modelo alguna de las viejas monarquías europeas que ha logrado después figurar a la cabeza de las democracias del mundo.

Si es cierto que Inglaterra había efectuado su Revolución dos siglos antes y que los publicistas franceses estudiaron las costumbres políticas de ese Reino, admirando que la opinión tuviera al otro lado del Canal de la Mancha un poder que sólo podía ser comparado con el que se le atribuye en las repúblicas de la antigüedad. Libertad que no habla inglés, no es libertad, según el refrán inventado por algún británico orgulloso de su país y a fines del siglo XVIII la independencia de las colonias inglesas de América y la constitución aceptada después de memorbles debates para la joven República de los Estados Unidos, eran de influjo modelador para los hombres responsables de la Revolución que no pudieron, al trasplantar la democracia, evitar los excesos de la demagogia que sustituyó con su sangrienta dictadura el abominable despotismo.

Lo que encontramos como profundamente original del núcleo revolucionario es el segundo precepto: la igualdad. Es preciso remontar el curso de la historia muchos siglos y buscar en los campos apacibles de Galilea las enseñanzas del Profeta fundador del Cristianismo para encontrar el origen del postulado de que todos los hombres son iguales sea cual fuere la desigualdad de su nacimiento, de sus condiciones personales o de la estrella que ha presidido sus destinos. Para Jesús, no había más que una raza en el mundo, puesto que todos los hombres eran descendientes del Padre que está en los cielos. La Revolución interpretando en esto el profundo instinto de la raza consagró el mismo principio en aquella noche del 4 de agosto, la escena más destacada de la primera época revolucionaria, en que pudo verse confundidos al príncipe y al vasallo, al magnate y al siervo, a la nobleza y al clero con la burguesía mientras en las barras del Parlamento las turbas plebeyas aplaudían el despojo de todo privilegio, el olvido de todo fuero pero especialmente del odioso de la justicia, borrándose para no volver a aparecer, el sistema que condenaba a muchos hombres de talento y de preparación a no participar en el gobierno del Estado, por el pecado de ser plebeyos y que llegaba en su exageración a separar las bellezas femeninas en dos mundos que podían distinguirse por el matiz del rojo que se usaba en las mejillas, pues uno era el de Versalles y otro el de las simples mortales, que no podían soñar siquiera con ser presentadas en la corte. La igualdad fué transportada con las solemnidades del poder soberano de las costumbres a la ley e informa ese monumento base de toda la legislación moderna que se llama el Código Napoleón. La igualdad, fruto predilecto del régimen revolucionario hizo posible que a los pocos años dspués del 89 un oficial oscuro y pobre de Córcega llegara con sus compañeros de batallas y gracias a su genio y a su valor imponderable, a dirigir los destinos de la Nación. La igualdad, a pesar de las vicisitudes, altos y bajos que el gran pueblo ha tenido en las crisis de su historia está definitivamente consolidada no sólo en el estatuto fundamental de la República, sino también en las convicciones filosóficas y en los sentimientos de la inmensa mayoría de los ciudadanos franceses que se dicen con énfasis herederos de la Revolución.

Una palabra que parecía cobrar nuevos resplandores y que también fué innovación de la doctrina de Cristo es la fraternidad. Quienes la aceptan sinceramente tienen que condenar las persecuciones emprendidas en algunos países euroeos contra los descendientes del pueblo de Israel, aunque se alegue defensa de la raza, de la nacionalidad o de los fueros de la lucha por la vida contra el dominio del oro. Esa cruzada, que pudo explicarse a fines de la Edad Media por apasionamiento religioso, desconoce el espíritu de la Revolución. La fraternidad no debe limitarse a los hombres, ni contentarse con el auxilio al dolor o a la debilidad humana, sino que abraza con noble amplitud las alianzas entre naciones, cuando esos pactos no tienen los propósitos siniestros de la guerra. Francia fué en el siglo XIX la precursora de una Liga Germánica, auxiliar eficaz de la unidad italiana, paladín de la independencia de Grecia y de Bélgica y de la resurrección de Polonia y ya en la época presente, ha prestado apoyo a esa institución, ineficaz para el logro de la paz permanente, la Sociedad de Naciones, pero que a la orilla del lago de Ginebra levantó al conjuro de un estadista americano, que se adelantó a su tiempo, el Palacio del Anfictionado Mundial, en que se ensaya, desgraciadamente sin éxito, establecer por convencimiento el reinado de la fraternidad entre los pueblos civilizados.

Iniciada con la toma de La Bastilla y desarrollada en forma trágica hasta que sobrevino el hastío de la guillotina y la necesidad de vivir y trabajar con reposo, la Revolución Francesa, cuyo autor responsable según el gran poeta citado al principio, es el Destino, ha legado un Evangelio que sirvió para guía de las instituciones libres y una fórmula de organización social que cada día es más aceptada como la más conforme a la razón. Un nuevo Decálogo, la Declaración de los Derechos del Hombre y una Constitución para la República que junto con la de los Estados Unidos de América nos sirven de modelo y comprueban que las grandes democracias pueden desarrollar su fuerza y sus gigantescos recursos, dentro de un marco que sólo había servido en la antigüedad para ciudades y sociedades primitivas: Atenas y Roma:.

Después de siglo y medio de la destrucción de La Bastilla y ante las amenazas que como nubarrones parecen cerrar el horizonte, París celebra hoy con excepcionales demostraciones de su poderío el imperecedero aniversario y su actitud de altiva independencia no desdice de los sentimientos que caracterizaron a los batallones de voluntarios que antaño defendieron el suelo de la Nación contra los déspotas coaligados. Entre esos miles de patriotas que llegaron de Marsella hacia la capital, antes de marchar a los campos de batalla se entonaba la canción marcial de un poeta que ha sido adoptada después como el himno de todos los países que anhelan vivir en libertad. Ayer como hoy Francia que es soldado veterano del Derecho nos repite en esta hora solemne de su historia:

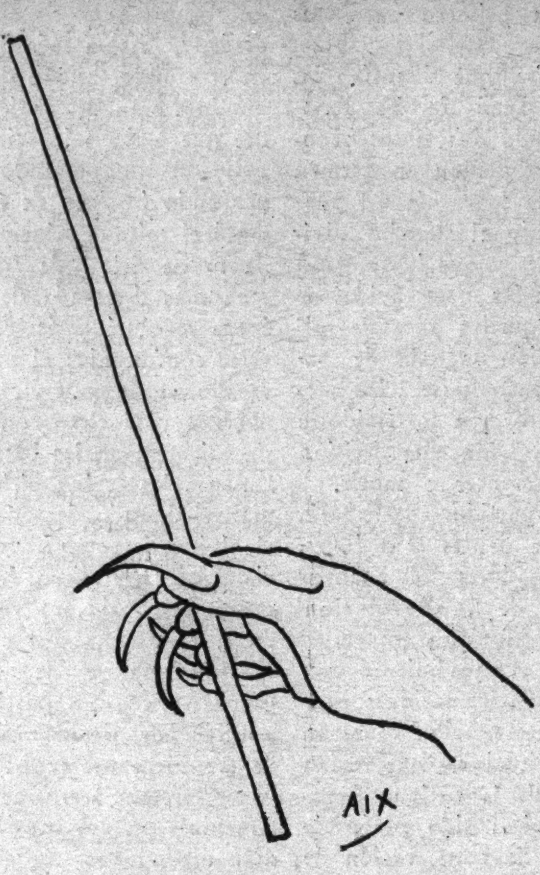
Vamos hijos de la Patria
llegó el día de la gloria...

Al vagar de una pluma bohemia

= *Colaboración*. Costa Rica y julio de 1939 =

Sobre las ruinas de la República española, nación joven que traía todo el empuje ascensional de las creaciones jóvenes, Franco intenta construir una España nueva. Pero, el mílite gallego, es tan corto de sesos como de estatura. ¡Y el enano se equivoca! Nada más tonto que el hacer juegos malabares con el valor de los vocablos. El mundo sabe la clase de materiales que emplea Franco para su grotesca construcción: cascos, cruces, mitras, sables, anticiencia, hemofilia, crueldad, esclavitud, regresión. Todo, amasado hasta la saturación con agua bendita. Sacristías, cuarteles y cementerios, es todo lo que puede salir de aquí. Sobre éstos cachivaches de antaño que el tiempo ha vencido; sobre esta argamasa de negaciones, quiere alzar la ciudad futura. Más le valiera seguir alzándose sobre sus talones, y gritar contra el marxismo, el pobre chivo expiatorio que está pagando los pecados suyos y los de su cuadrilla. El enano está condenado al fracaso y a una muerte sin gloria. Tapar una construcción futurista, en plena marcha, con una superestructura férrea de las épocas románica o visigótica, es todo lo que podrá hacer. (Si le dan mimbres y tiempo; ¡que no se lo darán!) Franco, que no tiene dotes de militar (como lo ha demostrado) tampoco las tiene de estadista. Los problemas políticos y sociales, tienen harta más complejidad que los de la guerra. En ésta, sólo juega un elemento simplista: la fuerza. La fuerza que no se para en barras, y que puede ir derecha a su meta, sin tener en cuenta sino a ella misma. La guerra, en su filosofía, no necesita cálculos complicados. Es la aplanadora de todos los caminos, y no tiene que detenerse ante el derecho de nadie, pues es la negación a *priori* de todo ordenamiento del derecho. Por eso, los caminos de la fuerza son necesariamente rectos, porque la lógica de la guerra no tiene sino un fin: aplastarlo todo. El general de cinco pies de alto, aun con las acumulaciones de fuerza de todo el mundo, *se las ha visto negras* para no caer en mala postura. Nada más repugnante, según esto, que la mentira que proclaman los arrasadores al decir que, en España han vencido al bolchevismo y a las democracias.

Saben mejor que nadie que estos fueron sus mejores aliados. Ningún celestinaje puede compararse por lo sucio al de las grandes celestinas de Europa y América, que, han comerciado en grande con carga humana, echándose a la faltriquera los treinta dineros del silencio. España, la más noble de las víctimas, ha resistido sola y desnuda los ultrajes de los arrasadores y de los tartufos. No tiene por qué ufanarse el enano de ningún triunfo guerrero. Si él tuviera la noción de su estatura moral, debería sentirse humillado por una victoria contra unos molinos de viento. Pero sufre ataques de vanidad que son la mejor prueba de que su estatura ética está por debajo de los cinco pies. Un hombre de valer, puede sentir orgullo, pero no vanidad. Tiene conciencia de su grandeza; pero esta convicción es íntima, y él sabe que cualquier exteriorización pone en peligro real aquella grandeza. El gran hombre es más bien, modesto. A veces, parece hasta tonto; pero, estad seguros de que tiene el tonto muy lejos. El, cuando construye, no puede menos de experimentar la emoción artística de su creación. Pero, evita con todo cuidado que el subconsciente se sienta vigilado, para no despertar alarmas que denuncien el goce estético que lo embriaga. Y mientras el gran hombre se calla, el hombre pequeño se pasará la vida exhibiéndose a la faz del mundo, señalándose a sí mismo con el dedo y haciéndose señalar por los dedos de todos, mientras llama *rojos* a los que tienen la desgracia de no ver sino su pequeñez. El orgullo es la conciencia de un valer. El es una gran virtud. Pero orgullo y vanidad se anulan como fuerzas iguales y de signo contrario. La vanidad busca el aplauso. Bajo este aspecto, ¡qué diferencia de niveles morales entre el enano de cinco pies y los hombres de la República! Comparado aquél, con Azaña, no sirve ni para lustrarle los zapatos. Harto lo sabe el enano, él que en su fuero interno, se siente apabullado por la grandeza moral del hombre austero que es Azaña, al que odia y envidia, mientras el hombre austero siente por el vanidoso, un inmenso desprecio.



La varita mágica de los bribones

Franco, hasta ahora, no ha hecho nada. Carece de imaginación política. Su chata mentalidad sólo concibe la resurrección del mundo del privilegio. Aun cuando tuviera aquel don, sería impotente para construir nada. El privilegio, el enano y sus valedores, han de caer juntos. Sobre el mundo del privilegio pesa una maldición. Como dice el conde Sforza, él ha demostrado "*demasiada crueldad, demasiado egoísmo y demasiada estupidez*". Más estupidez que otra cosa. Por mucho que las meretrices de la pluma y los aspirantes a esclavos en Europa y América griten los grandes verbos de rigor, Franco ha sido un idiota. Destruir una nación para matar un fantasma, es, por lo menos, tan estúpido, como cortar una cabeza para curar un dolor de muelas.

También ha ido demasiado lejos contra las leyes biológicas que mandan la selección de los mejores en lucha libre, para poder triunfar en un designio cualquiera de alto tipo. El mílite gallego se ha deshecho en España de cuanto significaba fuerza aceleratriz y sentido de creación y renovación. Y ha creído, en su caletre de enano, que inyectando a grandes dosis fuerza retardatriz, sangre vieja, en el cuerpo moribundo de España, podrá ponerlo en marcha. No le cabe en la cabeza que, tanto como es interesante la lucha del glóbulo rojo, lleno de vida, de la sangre nueva, cuando por transfusión se inyecta en organismos gastados, es torpe, es antibiológico, y acusa un operador tonto, el proceso contrario. Franco ha espantado del solar patrio a todos los valores positivos de España. Y a los que no ha espantado, los ha hecho morir de metralla, de dolor o de vergüenza. España, que empezaba a cobrar estatura internacional, va a ser la repetición de la de Carlos el Hechizado al fin del XVII, cuando todas las luces del espíritu se habían apagado en aquel imperio donde no se ponía el sol. En la grotesca España de hoy, todas las luces se están apagando una tras otra. Y si al enano le dan mimbres y tiempo, allá no van a quedar otras lámparas que las del templo, ni otros habitantes que los sepultureros. Retornan los días tenebrosos del último Austria. Hemos de ver a Gomá y demás machos sagrados de esta dinastía, reviviendo los días de aquellos confesores del Hechizado, cuando la iglesia católica, apostólica y española (que está unos puntos más sobre la romana) se congregaba alrededor de la nauseabunda majestad de Carlos II para extraerle con hisopos algún diablo. Algún pobre diablo que, una monja guapa le había metido en el cuerpo con una taza de chocolate. Van a volver a España los brujos, las brujas, los hechiceros, los diablos, los hisopos y fray Mauro Tenda. Vamos a ver montada de nuevo la barbacoa de la magia negra. En la medida que la lámpara del espíritu se apague, avanzará la noche sobre la nación. Se agitarán todos los gusanos, graznarán todos los cuervos y hablarán todas las burras de Balaam. ¡Será el imperio de las lechuzas!

Sólo son los hombres libres, los pensadores, los escritores y los artistas, los que dan fe de vida de una nación. Son los elegidos de los dioses, porque están marcados con el signo del Espíritu. Se olvida con frecuencia, lo olvidan, sobre todo, los adoradores del sable y del hisopo que es el Espíritu, y nadie más que el Espíritu el que crea. Por eso triunfará la República definitivamente. Muchas cosas grandes ha hecho la República. Pero, la mayor de todas, ha sido el haber abierto al mundo del Espíritu a setenta y cinco mil soldados del pueblo en un solo año, y el haber alumbrado una escuela en cada trinchera. Aunque no fuera más que por esto, la República merecería vivir. Todos los generales del mundo juntos, no tienen la grandeza moral de un solo maestro de la República. Y nuestro mayor orgullo de españoles, con ser grande, muy grande, no es ciertamente que nuestro pueblo se haya batido solo contra la barbarie y la hipocresía de casi todo el mundo, sino el que sus dirigentes se preocuparon quizás más que de armarlo para que se batiera, de iluminarle el pensamiento mientras se batía. Esta cosa grande, enorme, que no la había hecho nadie; esta gloria, que no es gloria de ningún pueblo del mundo, porque es gloria única del pueblo español, yo la recabo íntegra para la República española. Azaña, con todos sus errores, que casi, casi no podemos perdonarle, fue más grande que nunca cuando dijo: "no aspiramos a crear una nación fuerte, sino una nación culta". No puede darse contraste mayor entre los artífices de la República, orfebres de la construcción política, y esos soldados brutos, peones de albañil de arquitecturas toscas, y retoños de la barbarie sacristanesca

y cuartelaria de María Cristina e Isabel II, que llenó nuestro infausto siglo XIX. Y se pretende que una creación como la República, nacida para vencer al Tiempo, sea vencida por unos bárbaros que queman libros y dan mueras al Espíritu Santo! Pero, también los bárbaros se equivocan. Lo que el Espiritú mande hacer, eso han de hacer, un día u otro, todos los hombres, incluso los bárbaros. Esta es la ejecutoria de su aristocracia. Como él conoce su superioridad sobre los demás valores, puede permitirse el lujo de darles en *handicap* una ventaja, pues está seguro de que, al final de la carrera, los llevará a todos a su espalda. Todo lo que no sea Espíritu, pertenece al mundo de las *cosas que se dan de añadidura*. Una nación no es grande por la potencia de sus armas. ¿De qué le sirven al enano coronado, un millón de soldados? ¿Qué es lo que va a guardar con su fabuloso armamento? ¿Los cementerios? ¿Las ruinas? ¿Los piojos de la España imperial una y trina, escuálida y aniquilada? Repito que, una nación sólo es grande por el número de hombres que *piensan* o *escriben* en ella. Y en especial, por la calidad de lo pensado o de lo escrito, porque éstas son cosas eternas que vencen al espacio y al tiempo. De todo el pasado que ha quedado a nuestra espalda, ¿qué es lo único que se perdió, lo único que se trata de salvar a toda costa? El pensamiento de los hombres, simbolizado en el libro y en el arte. Estos vencen al Tiempo. Al Tiempo, que es el que, al fin, vence al Hombre. El libro y el arte son la única herencia que no se pierde. Y acumulada y capitalizada de siglo en siglo, acrece la cultura común, que es el patrimonio inalienable del género humano. Todo lo que no sea esto, se ha perdido. Y si, ningún hombre de un siglo ha pensado jamás copiar una institución política o religiosa de otro siglo, pero los hombres de todos los tiempos se han esforzado en desenterrar y guardar con celo religioso, el pensamiento de todos los siglos. En las cavernas del hombre primitivo, no hay pintura que no sea reproducida para que hable a las generaciones futuras. No hay jeroglífico, palimpsesto, inscripción, tablilla, o retazo de literatura aljamiada o mudéjar, que no compren las naciones (a no importa qué precio) para que les diga a los siglos venideros, cómo pensaba el hombre de hace sesenta siglos. Saber lo que pensaba el semihombre de las cuevas de Altamira, hace unos trescientos mil años; o el contemporaneo de Yati Richi, en el Indostán, hace unos trece mil años: o el de las Pirámides, hace cuarenta siglos; o el de Laotsé, hace veintiséis siglos, es lo que nos interesa. Todo libro es una biblia, una revelación, una chispa de lo *Verdadero;* como toda creación artística es un perfume de lo *Bello*. Y entre ambos, forman lo *Bueno*. Y entre los tres, la trinidad de mitos supremos que perseguirá eternamente el alma del hombre. Ni hombres ni pueblos valen, si sus valores respectivos no encuentran su *ersatz* o su equivalente en valores universales. El tiempo lo mata todo, absorbiéndolo. Y Cronos, que mató al hombre prehistórico, y al hombre histórico antiguo, medio moderno, matará también al actual. Bajo los golpes de Cronos, éste desaparecerá con su capitalismo, con su egoísmo, con su crueldad, con su brutalidad, con su hipocresía y con sus privilegios. Toda forma que muere, por inadecuada, por no ser la expresión real de su ecuación con el tiempo, tendrá su *ersatz* en otra forma más perfecta. La inteligencia no tendrá jamás su *ersatz* en la fuerza. Y ningún enano posible, será el *ersatz* del espíritu gigante que, en el crisol del tiempo, hace hervir hombres y dioses, en transformaciones inexorables.

VÍCTOR LORZ.

Bolívar rechazó la...

(*Viene de la página 267*)

lo exaltó y lo alabó en cien ocasiones. Sólo que una cosa son las nuevas colinas de la Hélade, y otra cosa los cráteres tremendos de los volcanes de América. Extinguidos, esos volcanes, solidificada la lava candente, ¿por qué no erigir sobre ese cimiento el viejo templo, el de Fidias y el de Temistocles?

Medítese ahora en otras palabras muy nítidas escritas por el Libertador a su consejo de gobierno en Angostura: "Y aunque el momento no ha llegado en que nuestra afligida patria goce de la tranquilidad que requiere para deliberar con inteligencia y acierto, podemos sin embargo, anticipar todos los pasos que aceleren la marcha de la restauración de nuestras instituciones republicanas. Por ardua que parezca esta empresa, no deben detenernos los obstáculos; otros infinitamente mayores hemos superado; y nada hace imposible para hombres que lo han sacrificado todo por conseguir la libertad. En tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía. Todos debemos ocuparnos de la salud de la república, como debemos desear que todos a la vez la consigamos. No basta que nuestros ejércitos sean victoriosos; no basta que nuestros enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el mundo entero reconozca nuestra independencia; necesitamos aun más: ser libres *bajo los auspicios liberales* emanados de la fuente más sagrada que es la voluntad del pueblo".

Estas palabras son concluyentes; dentro de su elegante brevedad condenan para siempre la tesis de que el Libertador se hubiera adherido doctrinal o sentimentalmente a los regímenes aristocráticos, dictatoriales y menos aun despóticos. "Nos basta obtener la independencia". Reflexiónese en lo que esta frase representa en labios de Bolívar, que a la independencia había dado y siguió dando todas las palpitaciones de la sangre arrebatada que bullía en sus arterias. "No basta la independencia; necesitamos aun más: ser libres bajo los auspicios liberales emanados de la fuente más sagrada que es la voluntad del pueblo; acelerar la marcha de la restauración de nuestras instituciones republicanas".

Este corto pasaje contiene en germen toda una teoría política. ¿Cuál es esa teoría? Que la libertad es el punto de llegada, hacia el cuál es preciso marchar sin vacilaciones; que mientras tanto hay que recurrir a expendientes transitorios, a recursos aptos para garantizar el resultado final, sin peligrosa precipitud que comprometa el objetivo; sin desaliento ni temor, a pesar de la inmensa magnitud de la empresa.

"No basta obtener la independencia", afirma Bolívar; se necesita más: alcanzar la libertad! Pero desde luego el orden de los ideales y su prelación en el tiempo quedan definidos. Primero la independencia, después la libertad. Aspirar a algo más que la independencia es, desde luego aspirar a la independencia en primer término. No obstante la concisión del párrafo, el sentido es diáfano; libertad sin independencia, no; libertad antes que independencia, tampoco, porque las circunstancias inexorables hacen imposible, hacen quimérica, la relación de valores presentada en esa forma.

Citemos ahora, para concluir, unos pocos textos más, escogidos al azar, entre decenas, que por estar separados por espacios considerables de tiempo, indican la continuidad de un pensamiento que rechaza el autoritarismo bajo todas sus formas, como régimen permanente y como sistema deseable de gobierno:

"El ejecutivo —dice el 8 de agosto de 1828—guiado por esa tribuna engañosa y por la reunión desconcertada de aquellos legisladores, ha marchado en busca de una perfección *prematura*, y nos ha abogado en un piélago de leyes y de instituciones *buenas* pero *superfluas*, por ahora".

Aquí aparece una vez más el convencimiento de la bondad intrínseca del principio democrático puro, y a la vez el de la necesidad de aplazar su aplicación integral.

1826.—"Tan sólo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte, pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción; nadie sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad usurpación".

1827.—"Hasta ahora he sido dócil a los ruegos; pero no lo seré más, porque me es insoportable sufrir el oprobio de oirme llamar tirano y usurpador. Yo sé padecer todo, menos esto. *El horror que profeso a la opresión* no me permite ser víctima de este sacrificio. Esta es mi pasión dominante, no la puedo doblegar, y mi mayor flaqueza es el amor a la libertad; este amor que me arrastra hasta olvidar la gloria misma. Quiero pasar por todo, prefiero sucumbir en mis esperanzas, a pasar por tirano y aun a parecer sospechoso. Mi impetuosa pasión, mi aspiración mayor es la de llevar el nombre de amante de la libertad. *El papel de Bruto es mi delirio;* y el de Sila, aunque salvador de la constitución romana, me parece execrable".

1828.—"Me han cometido un poder ilimitado, pero en recompensa yo no lo ejerceré sino restringido por una constitución provisoria que durará cuanto quiera el pueblo".

1829.—"El artículo de que usted me habla, el más favorable que se ha podido escribir en mi honor, únicamente dice: que mi usurpación es dichosa y cívica. ¡Yo usurpador! ¡Una usurpación cometida por mí! Mi amigo, esto es horrible; yo no puedo soportar esta idea; y el horror que me causa es tal, que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con este epíteto".

CARLOS LOZANO Y LOZANO

(Hágase de un ejemplar del *Discurso de Bolívar en el Congreso de Angostura*. Precio: ₡ 1.00. Con el Adr. del *Rep. Amer.*)

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York

Estamos con la buena causa, que es la de Chile, desde luego

= *Colaboración.* Costa Rica y julio de 1939 =

La buena causa es la de Chile, porque es la causa de la decencia. No invoquemos para estar con Chile en la lucha que sostiene con el monigote Franco, principios de humanidad impresos en tratados y convenciones. El problema es de decencia más que legalista. Los refugiados de la Embajada Chilena en Madrid los exige el mismo satanismo que conquistó a España. Y para esa conquista no existieron en ningún momento normas de decencia a las cuales ajustar la lucha. La consigna fue destruir en el español su conciencia de sér libre. Las mesnadas llegaron a asesinar y a extender la barbarie de modo tal que el español sufriera y se degradara. En la degradación del pueblo español confió la efectividad de la conquista el invasor. Está cautiva España y encuentra ese invasor que no hay degradación. Intensifica la barbarie y la extiende a todos los refugios ocupados por seres a quienes es urgente asesinar. Penetran en los hogares, en los templos, van a las montañas en busca de la presa. La nostalgia de sangre es inmensa. La Embajada de Chile recogió a diez y siete personas para salvarlas del crimen y el crimen amenaza con ir hasta los aposentos de la Embajada.

No se haga ilusiones Chile teorizando acerca del derecho de asilo. Fije su posición decorosa sin olvidar la realidad que vive España. Nadie puede engañarse cuando se trata de España. El monigote Franco es movido por hilos que vienen de Alemania. Siempre existieron esos hilos, pero ahora no hay objeto en desconocerlo. Acusaron durante la invasión los amigos de España a quienes los fieles de la farsa escarnecedora llamada Comité de No Intervención bautizaron con el mote de rojos. Mas hoy acusan esos mismos fieles y es bueno valerse de sus acusaciones para justificar a los defensores de España. Ahora puede ocuparse la sección editorial para desenmascarar a Alemania. Un gran diario norteamericano (*The New York Times,* junio 25 de 1939) habla de esta manera: "De la inevitablemente caótica segunda parte de la guerra de España surge un hecho claro: las tropas alemanas han sido repatriadas pero Alemania permanece atrincherada, con firmeza, en España. Hubo visión en Berlín. Aeroplanos, soldados, tanques, municiones no eran sino el preludio, meros incidentes a objetivos reservados que han sido y siguen siendo firme y poderosamente perseguidos. Krupp se apoderó de Viscaya. El servicio marítimo "Askari" fue puesto bajo la bandera alemana. Las líneas comerciales aéreas son alemanas—aeroplanos, pilotos, radiotelegrafistas, ingenieros—. La fuerza del "Hisma", organización comercial alemana en España, es ilimitada, sus resultados asombrosos. Una planta vasca contrata el envío de 60,000 toneladas de acero y hierro a Alemania cada año. El control financiero de importantes industrias españolas ha pasado a alemanes. Las minas en el Norte han pasado a Pach. El azúcar, el trigo, las pieles—estas últimas con un volumen anual de cerca de 20,000 toneladas—van a Alemania. Algunas fábricas de municiones españolas han sido cerradas. Las restricciones a las importaciones alemanas han sido abolidas. Los puertos del Norte de España proporcionan otra expresión de la rebusca alemana. De la Bahía de Viscaya al Mediterráneo miles de negociantes alemanes encuentran excelente caza... Los cañones alemanes están montados ahora sobre Algeciras, apuntando hacia Gibraltar a una distancia de sólo 6 millas. Y en el Marruecos español los alemanes han transformado a Ceuta en una formidable fortaleza, con cañones y "técnicos" alemanes. Hay también fortificaciones alemanas en Melilla, Tetuán y Jebel-Musa... El 9 de agosto de 1936, el Encargado de Negocios alemán en Londres dio al Gobierno británico la seguridad formal de que no se estaba enviando material de guerra a Franco ni se le enviaría. Hitler dice hoy: "En julio de 1936 decidí tomar parte activa en la guerra".



Testimonios de la barbarie nazi en España

(Niño herido en los últimos bombardeos de Barcelona)

La conquista de España fue para Alemania y el monigote Franco sigue movido por los hilos que manejó el conquistador. Allí esta la acusación hecha por un diario de importancia. Han bastado unos pocos meses después de la imposición del poderío extranjero para comenzar a oír las acusaciones de los que guardaron silencio mientras España era invadida y destrozada. La realidad es pavorosa no ya para el pueblo español que ha sufrido y sufre la barbarie, sino para las naciones honradas que guardaron su pudor bajo el amparo del Comité de No Intervención. Sienten ahora que Alemania se deshizo de Italia y le pagó la factura, como dice el mismo periódico. Se deshizo de Italia para seguir ella en posesión de la colonia. Y es peligroso el dominio alemán sobre España, porque allí hay mucha materia prima y mucho comercio y muchas rutas marítimas y aéreas y muchos puertos estratégicos. Alemania no fue a realizar una conquista pasajera y cuando las naciones honradas la ven trabajando para una permanencia de siglos, acusan al conquistador. Pero esa conquistador no ocultó sus designios en ningún momento y lo mismo que hizo en 1936 hace en 1939.

Sólo que la realidad española hiere mortalmente a las naciones honradas y no pueden resignarse a la tolerancia. Acusan a Alemania nada más que por haberse apropiado de la economía de España. No sienten el dolor del pueblo español sometido a la barbarie. Nada es ese pueblo que creó la industria y el comercio que Alemania ha robado. Interesa lamentarse de que sea Alemania la que haya podido quedarse en el disfrute de una riqueza tan grande. Y nada más. El pueblo no es digno de ningún aliento. Al contrario, si desapareciera, si continuara el exterminio que comenzó en 1936 y lo completara Alemania bajo la promesa de entregar al final de la carnicería, íntegras las riquezas españolas a las naciones honradas, éstas esperarían metidas en otro Comité de no Intervención a que la piadosa Alemania ejecutara su obra providencial.

¿No estamos viendo al Papa bendiciendo a 3,200 soldados llegados a Alemania en compañía de las mesnadas fascistas que ayudaron a la conquista de España? Tan grande es el suceso que el Papa permitió ser fotografiado en los momentos en que esos héroes defensores de la fe le besan la mano reverentes. La barbarie defensora de la fe es lo que el Papa exalta. La fe es otra industria española que tocó cosechar al Papado. No la necesitaba Alemania dominada por Hitler. Es verdad que esa industria fue muy mal tratada por las mesnadas invasoras y que centenares de iglesias quedaron en escombros al estallar las bombas arrojadas por la aviación alemana. Es verdad que los vascos, católicos ciento por ciento, fueron aterrorizados y asesinados y mujeres, niños y ancianos cayeron asesinados por la metralla disparada de los aviones alemanes mientras huían de las ciudades incendiadas por esos mismos aviones. Es verdad que el fusilamiento en masa ha diezmado al heroico pueblo español. Mucho es verdad en esta inmensa tragedia española. Pero el Papa cierra sus divinos ojos y se contenta con saber que la industria de la fe no ha sido acogida por Alemania, que esa gran industria sigue siendo el usufructo del Papado. Por esto recibió con honores a los mercenarios llegados de España que fueron a aceptar de sus manos todopoderosas el regalo de un rosario bendito. La industria de la fe la salvaron los conquistadores de España para el Papa. El suceso de los soldados defensores de esa industria que llegan en uniforme de combate a la propia orilla del Papa bien vale ser divulgado por la cámara fotográfica.

Estamos con Chile porque Chile defiende la decencia. El mundo dirá un día que fue la Embajada Chilena en Madrid en donde se dio el primer grito en favor de la cruzada por la decencia.

JUAN DEL CAMINO